

SERVICIO SECRETO

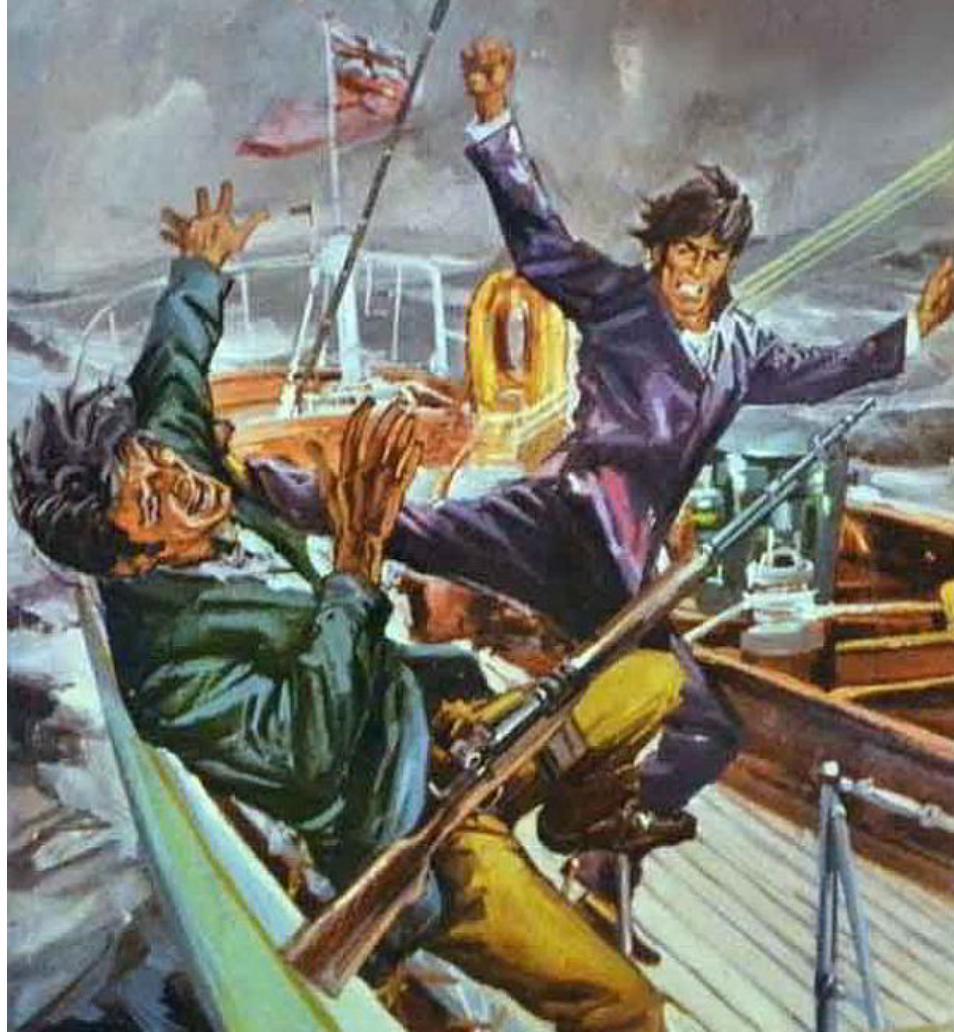
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**VIOLENCIA
A TOPE**

**Frank
Caudett**



El despertador se hizo presente como lo hacía cada día a la misma hora.

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiing!

—¡Jo, qué mierda! —Fue la primera frase que brotó de los labios de Trevor Conrad a su salida del mundo de los sueños.

Luego le pegó un manotazo al reloj, silenciándolo.

Bostezó, se desperezó y rozó con los dedos de una mano el cuerpo cálido, vital, de la hembra.

Una sonrisa floreció en sus labios vivificando y endulzando el amargo despertar.

—Eres bonita porque tu madre te parió bonita... ¡Eh! ¿Me oyes?



Frank Caudett

Violencia a tope

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1727

ePub r1.0

Lds 04.03.19

Título original: *Violencia a tope*

Frank Caudett, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

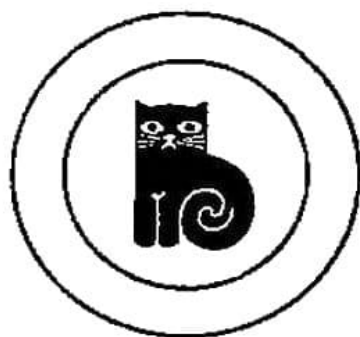
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

La furgoneta, destartada furgoneta por cierto, avanzaba a toda pastilla por el estrecho sendero que flanqueaba los campos de sembrado y cultivo en donde a aquellas horas de la mañana trabajaban los reclusos de la Granja de Reinserción Social de Santa Mónica.

Avanzaba echando tupidas columnas de humo por las rendijas de la tapa del motor que se confundían con las de polvo que levantaban los neumáticos en su alocado e inexplicable trotar.

Uno de los presos, que se cuidaba precisamente de la manutención de los canalillos de regadío, percatándose del brutal cabalgar de la furgoneta, gritó a uno de los vigilantes:

—¡Eh, jefe Mannigan! ¿Se ha fijado en ese tipo? ¡Está loco! Tal como viene se nos va a echar encima.

Bruce Mannigan, tipo duro, que hada pocas concesiones a los contrincantes y entre sus contrincantes él contaba siempre a los reclusos, alzó el cañón de su rifle dirigiéndolo hacia el angosto camino por donde avanzaba temerariamente el vehículo.

—¡Echaos atrás...! —les gritó a los presos que se encontraban trabajando en aquel sector. Añadiendo con desprecio—: Como ese hijo de perra no se detenga al llegar al desnivel... ¡por mi madre que le salto la tapa de los sesos!

—¿Por qué no hace tiro al blanco con él, jefe Mannigan? —le incitó un recluso que llevaba una camiseta de felpa de color azul con media manga.

—Ganas no me faltan, Nick. Pero quiero asegurarme primero de quién es y de lo que busca por aquí.

—Primero se dispara y luego se pregunta, ¿no, jefe Mannigan? —insistió el preso con acento criminal.

—¡Vete a la mierda, Nick Winger! —gritó Bruce Mannigan, cuyas manos apretaban tensamente el rifle mientras la boca del cañón seguía, casi con angustia, el brutal deslizarse de la furgoneta —. ¡Sé lo que tengo que hacer! ¡No hace falta que me lo diga un asqueroso presidiario!

—Vale, vale, jefe Mannigan. No se mosquee por eso, hombre. Yo se lo decía porque a lo peor ese fulano de la furgoneta es peligroso y...

—¡Que te calles de una vez, coño! —rugió el vigilante.

Justo en el momento en que el vehículo se detuvo, derrapando ligeramente, ladeándose, levantando enormes y tupidas columnas de humo que se retorcían en densa espiral, quedando las ruedas delanteras al límite del desnivel.

Saltó a tierra un tipo enorme que al menos medía dos metros.

Sus rasgos faciales le identificaban al momento con hombre de raza india.

—¡Eh, jefe Mannigan, es un indio asqueroso! —gritó Nick Winger.

—¡Cierra el pico, Nick! —exclamó el vigilante. Y encañonando al forastero, le preguntó—: Y tú, indio, ¿qué buscas por aquí?

El hombre señaló el humeante motor de la furgoneta, diciendo:

—Necesito agua, por favor. El radiador me va a estallar...

—Pregúntele cómo ha venido a parar aquí, jefe Mannigan. Ese tipo tiene cara de sospechoso. De hijo de zorra...

—¡Calla de una puñetera vez, Nick!

—Eso de hijo de zorra, ¿va por mi, presidiario? —preguntó el indio.

—Y por tu padre también... —respondió Nick Winger, déspota, provocador, avanzando unos pasos hasta situarse por delante del sitio que ocupaba el jefe Mannigan.

—¡Echate atrás, Nick! —gritó el vigilante.

—Nada de eso, jefe. Este cerdo necesita una lección...

—¿Y me la vas a dar tú? —sonrió, peligrosa, ominosamente, el indio.

—Yo, sí. ¡Indio de mierda!

Y tras el insulto Nick Winger saltó hacia el otro como un gato montés.

El indio no hizo más que fingir la acometida, más producto de la

tensión que almacenaban aquellos hombres en cautiverio que de una acción hábil y estudiada, encogiendo a la vez la pierna zurda para meterle la rodilla en los genitales.

—¡Aaaaag! —rugió Winger.

—¿Cómo te ha quedado el cuerpo, presidiario?

Nick era un fulano acostumbrado a las peleas, a la violencia. Y mientras se retorció en tierra atrapó un puñado de ésta, arrojándola a los ojos del otro.

—¡Ah...! —gritó el indio al sentir un terrible escozor en las pupilas—. ¡Traidor repugnante!

Winger aprovechó la circunstancia para trabar los pies de su rival llevándolo con él al suelo por donde rodaron abrazados, intercambiando golpes.

Bruce Mannigan efectuó un disparo al aire.

—¡Basta ya!

Winger y el indio detuvieron la pelea de una forma muy extraña. Ambos de lado, recostados en tierra, para que sobresaliera el revólver que aquel que había llegado en la furgoneta ardiente ostentaba entre cinto y piel porque debajo de la chaquetilla tejana no llevaba otra prenda.

Nick tiró como una centella de la culata del revólver y apretó el gatillo con el cañón apuntando al entrecejo del vigilante.

El disparo sonó como un cañonazo y la cabeza del jefe Mannigan estalló por los aires hecha mil pedazos. Salpicando con fragmentos de hueso y porciones de pringue gris a los reclusos que tenía más cerca.

Saltó atrás, como catapultado por una fuerza demoledora, perdiendo el rifle y quedando de espaldas en tierra, brazos en cruz, convertida la cara en un surtidor sangriento.

—¡Bravo, Nick, bravo! —aulló uno de los presos, enloquecido a la vista de la sangre—. ¡Mátalos a todos! ¡A todos! ¡No dejes ni uno de esos hijos de mala madre!

Winger y el indio se habían puesto en pie como centellas. —¡El que corre hacia el autocar, Cherokee!— gritó Nick.

Uno de los guardianes, en efecto, corría hacia el autocar que servía para trasladar a los presos desde la Granja a los campos de trabajo, con intención, sin duda, de utilizar la radio.

Un enorme cuchillo de monte pareció nacer, de súbito, entre los

dedos de la zurda del indio.

Y diez segundos después estaba atravesando la garganta del vigilante cuando éste conseguía ya afianzarse en el último peldaño del estribo, haciéndole caer a tierra instantáneamente muerto.

—¡Vienen dos guardianes! —gritó alguien.

Nick Winger, con cara de fiera acorralada y expresión de loco homicida en ella, se revolvió, apretando el gatillo.

La suerte estuvo con él porque la primera bala se la metió a uno de los vigilantes en el estómago tendiéndolo de bruces y al segundo, como había ocurrido con Bruce Mannigan, consiguió levantarle la tapa de los sesos.

—¡Vamos a la furgoneta, Nick! —gritaba el indio—. ¡Venga, rápido!

Corrieron ambos en zigzag hacia el vehículo y consiguieron meterse en la cabina.

Segundos después la humeante furgoneta desaparecía por el mismo camino seguido para llegar hasta allí.

CAPÍTULO PRIMERO

El despertador se hizo presente como lo hacía cada día a la misma hora.

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiing!

—¡Jo, qué mierda! —Fue la primera frase que brotó de los labios de Trevor Conrad a su salida del mundo de los sueños.

Luego le pegó un manotazo al reloj, silenciándolo.

Bostezó, se desperezó y rozó con los dedos de una mano el cuerpo cálido, vital, de la hembra.

Una sonrisa floreció en sus labios vivificando y endulzando el amargo despertar.

—Eres bonita porque tu madre te parió bonita... ¡Eh! ¿Me oyes?

—Sí... —susurró la chica entre dientes, dando un giro para ponerse boca arriba.

Y sus pechos quedaron al descubierto.

—Tus senos también son lindos, nena —y los besó, alternativamente, inclinándose sobre ella.

Meryl Young clavó sus enormes ojazos negros en el rostro firme, varonil, del fulano.

Tras una sonrisa suave, dulce, musitó:

—No siempre piensas igual, Trevor Conrad.

El, que había saltado de la cama sentándose en el filo para comenzar a vestirse, giró el cuello para mirar con asombro a su bella *partenaire* en el juego del amor.

—Habla claro, mona.

—Haces muy poco por obtener en propiedad esos pechos tan bonitos, esa cara tan bonita que mi madre me puso al parirme, ese...

—¡Oh, no, no! —se lamentó él, alzando ambos brazos al cielo—.

¿Otra vez con el rollo del matrimonio...?

—No es un rollo —ella se había incorporado para ponerse una bata ligera. Es el estado ideal del hombre y la mujer.

—Será de la mujer.

—Será... Pero quiero casarme contigo, Trevor. ¿O sólo te valgo para la cama?

—Por favor, no empecemos con las disquisiciones estúpidas. Y no me calientes el cerebro porque necesito tenerlo despejado para perseguir la tira de criminales que andan sueltos por las calles de la ciudad.

—No pienso seguir así un día más, Trevor. Si es asunto de catre, búscate otra. Trevor Conrad, en pie, ajustándose los pantalones y tirando de la cremallera, se lamentó:

—¡Meryl, Meryl de todos..., de todos los cielos! ¿Es que te has propuesto darme la mañana? Podemos discutir el asunto esta noche, ¿no te parece?

—Después de hacer el amor... ¿cuántas veces? Cuando estés bostezando y digas a pulmón limpio que tienes mucho sueño, que mañana... ¡Y así han ido pasando los días, tos meses...! Llevamos cerca de un año jugando a esto, ¿lo sabías?

El, la miró al fondo de sus negras pupilas con un atisbo pícaro e irónico, inquiriendo:

—¿Y no te lo pasas bien, pillina?

—Hablo en serio, Trevor.

—O. K.

—Muy en serio...

—¡Vale, vale! Hablas muy en serio. ¿Sabes que estamos en 1983 y que vamos camino del 90?

—Las parejas se siguen casando.

—¡Cada día menos!, ¿eh? —exclamó él, comenzando a abotonarse la camisa, con aire jocoso.

—No eres serio, Trevor. Yo sí. Y no creas por eso que dejo de ser moderna y liberada, que niego que me encanta meterme entre sábanas contigo... que no reconozco que eres un tipo que estás bien...

—Muy bien diría yo, nena Fíjate, fíjate... —Inspiró aire dilatando su ya de por sí poderoso tórax—. Tengo pecho de barítono, ¿verdad?

—Verdad. Pero quiero casarme. Esta noche no me encontrarás aquí, Trevor Conrad. Cuando quieras que hableme de matrimonio ya sabes dónde encontrarme.

—¡Vaya paliza!

—Me gustas, campeón. Pero sobreviviré sin ti.

El hombre fue hacia Meryl con claro intento de besarla en la boca.

—A ver si te convenzo de que...

Ella echó a correr hacia la cocina.

—¡Pierdes el tiempo, policía! No volverás a tocarme hasta que sea tu mujer.

Trevor se quedó parado. Hasta preocupado diríase. ¿Es que no estaban bien como estaban? ¿Es que él no la...?

—¿Es que se hace mejor el amor cuando se está casado, Meryl?

Ella no contestó.

—Te he hecho una pregunta, nena. —¡Sí!

—¡Ah...!

Había terminado de vestirse y fue a la cocina. Meryl le había preparado una taza de café humeante.

—Oye, pequeña...

—Sólo hablaré contigo de matrimonio, Trevor.

—¡Por Dios, Meryl! ¿Cómo puedes ser tan injusta?

—Eres un tipo de buen ver, policía. Encontrarás la tira de fulanas dispuestas a acostarse contigo.

Tomó un trago de café.

—¡Jo, cómo quema! No es eso, Meryl.

—Lo que yo digo, Trevor. La vida de una pareja no empieza ni termina en la cama. Eso no pasa de ser una consecuencia del amor. Hay algo más...

—Dame tiempo, ¿eh?

Meryl, cuyo cuerpo pleno y exuberante, de curvas suaves y rotundas al mismo tiempo, se evidenciaba bajo la bata liviana, sonrió perversa permitiendo que aquélla se entreabriera.

—Todo el tiempo del mundo, poli. Ya sabes dónde paro.

—Me estás provocando, Meryl Young.

—Pues te vas a quedar con las ganas, Trevor Conrad.

—Sólo un beso, nena.

—No.

—Me las pagarás...

—¿Cómo?

—¡Vete al diablo! —Y salió de la cocina.

—¡Adiós, apuesto rubiales!

Meryl sabía que estaba corriendo el riesgo de perderlo porque Trevor era un tipo que les iba, y cantidad, a las mujeres. Por su apostura física, por sus ciento noventa centímetros de un tirón, por su busto fornido y poderoso de atleta, por sus ojos azules y aquel cabello rubio peinado con raya en la mitad que le caía suavemente a ambos lados de la cabeza y que parecía flotar cuando el caminaba.

Porque reunía, amén de sus aptitudes físicas, un desparpajo, un saber estar, una personalidad fuerte y arrolladora que reducía a las hembras en un abrir y cerrar de ojos. Era un fuera de serie, sí. Y aunque ella no se tenía por ser nada del otro mundo, lo que sí estaba muy claro para Meryl es que si no ubicaba los puntos sobre las «ies» acabaría siendo de por vida la amiga, la compañera o la fulana, según versiones, de aquel apuesto policía.

Salió al balcón justo a tiempo de verlo subir en su viejo Buick modelo del 75.

—¡Eh, Trevor! —gritó—. No olvides lo que te he dicho.

Conrad alzó la diestra en el aire puesto que el Buick era descapotable y dijo, arrancando como una bala:

—¡Te odio, pequeña!

Y salió lanzado hasta perderse entre la riada de vehículos que a aquellas horas ya poblaban las arterias urbanas de la ciudad de los rascacielos.

Fue al doblar hacia la 103 Avenue procedente de Linden Boulevard cuando lo vio.

El auto.

El Chrysler azulado de su colega Burr. Que se apeaba justamente entonces acompañado del inseparable Steve Ward.

Trevor hizo una rápida y hábil maniobra estacionando detrás del Chrysler.

Exclamando:

—¡Eh, compañeros! Buenos días. ¿Dónde vais tan presurosos de buena mañana? Donald Burr, hombre de unos treinta años, delgado y más bien alto, mirando con burla al tripulante del Buick le dijo al

que iba con él:

—¿Te has fijado en este tipo, Steve? Diría que lo conozco de algo...

—¡Claro que lo conoces, Donald! Este señor se llama Trevor Conrad y es el poli más inteligente de la ciudad. ¿Verdad señor Conrad?

—Verdad, señor Ward. Mi espejito mágico me lo dice cada mañana. ¿Dónde vais?

—¡Muérete! —exclamó Burr.

—Tu mujer te tiene amargado, Donald. No debías haberte casado nunca. Te lo advertí, ¿recuerdas? —Donald Burr le enseñó los dientes en feroz sonrisa—. ¿Y tú, Steve Ward? —continuó Trevor—. ¿Te sigue jodiendo la úlcera de duodeno?

—Eres un cabrón por muy temprano que te levantes, Trevor. Y ahora, olvídate de nosotros.

—¿Puedo ayudar, camaradas?

Donald y Steve intercambiaron una mirada.

—¿Crees que debemos decírselo? —preguntó el último.

—Si no lo hacemos seguirá incordiando —repuso Donald.

—O. K. —sonrió Steve Ward. Y mirando con sorna al rubio del descapotable, anunció—: Mira, Sherlock Holmes... ¿ves aquel Nash tan moderno, de chillón color magenta, aparcado en la otra acera frente al asqueroso hotelucho que ostenta el rótulo Royal Lyon?

Ladeó la rubia testa.

—Veo.

—Pues ha sido alquilado como hace un par de horas con una tarjeta de crédito a nombre de Blake Moore, previamente robada a su propietario a punta de navaja. Nos da en las narices que el navajero se hospeda en ese fonducho con el nombre de Moore y se nos ha ocurrido que debemos detenerle, ¿qué te parece?

Saltó del vehículo sin abrir la portezuela.

—Voy con vosotros.

—Pero de mirón, ¿eh? —puntualizó Donald Burr.

—Acepto.

—Vamos.

Entraron en el hotel y la encargada, que se hallaba muy ligerita de ropa detrás del mostrador, exclamó al reconocer a Steve Ward:

—¡Oh, no...! ¿Otra vez? ¡Pero si estuvieron aquí hace dos días!

—Somos tíos muy constantes, prenda —dijo Trevor.

—Tú vas de mirón, colega —le recordó Donald, acercándose al mostrador—. Permíteme el libro de registro, prenda, ¿eh?

—¿Dónde está la orden judicial?

Steve Ward soltó una seca carcajada.

—¡Eh, Trevor! ¿No oyes? La señorita pide la orden judicial. ¿No la llevas tú?

—Sí, sí. Creo que sí.

Trevor pasó detrás del mostrador ante el asombro de la chica y apartándola con cierta violencia atrapó el libro registro comenzando a hojearlo.

—¡Eh, eh...! —gritó ella—. ¡Pero...! ¿Qué mierda os habéis creído vosotros?

Trevor, sin más, le soltó un guantazo en mitad de la boca.

—Cierra el pico, pequeña zorra. Ciérralo... No nos gusta la publicidad, ¿entiendes? —Su mirada fría, ominosa, hizo encoger a la muchacha que asintió con rápidos movimientos de cabeza. Prosiguió el rubiales—: Buscamos a un malnacido que se hace llamar Blakemoore. Un cerdo que roba tarjetas de crédito a punta de navaja. ¿En qué habitación lo tienes?

—En la 302, tercera planta.

—¿Está solo?

—Con una golfa de pelos rojos.

—Vamos por él, Steve —dijo Donald. Y mirando a Trevor—: Tú te quedas de guardia aquí con la nena, ¿eh?

Fue Conrad ahora quien enseñó los dientes en sonrisa de lobo.

—He...

Sus compañeros echaron escaleras arriba con cuidado y rapidez a un tiempo, empuñando sendas pistolas.

Al llegar frente a la puerta señalada con el 302 se pusieron uno a cada lado de la misma y Donald Burr golpeó la hoja con los nudillos, reiteradamente. Unos segundos de silencio que fue roto por una suave conmoción que les llegó con nitidez desde el otro lado y luego, una voz femenina preguntando:

—¿Quién es...?

—Policía. Abra...

—Esperen unos instantes. Tengo..., tengo que ponerme algo.

Steve y Donald cruzaron una mirada de inteligencia y se

disponían a cargar contra la madera cuando, bruscamente se abrió con estrépito y de par en par la puerta de la habitación situada frente a la 302.

—¡Eh, polis! —Gruñó una voz.

Se revolvieron con rapidez, agachándose, justo para ver a un tipo gigantesco, enorme, con musculatura de boxeador, desnudo de cintura para arriba, con rasgos evidentes de indio que empuñaba un enorme y siniestro pistolón.

Restalló el primer disparo y Steve Ward sintió un calor intenso abrasando el centro de su pecho, quemando camisa y piel, al tiempo que notaba como un chorro viscoso, rojizo, embadurnaba la tela adhiriéndola a su torso.

El arma escapó de entre sus dedos sin fuerza al tiempo que él resbalaba por la pared quedando grotescamente sentado en tierra. Muerto. Con los ojos muy abiertos y por entero vidriosos y estrábicos.

Donald echó a correr como una centella hacia el recodo inmediato del pasillo pero antes se abrió la 302 asomando la cara criminal y aviesa de Nick Winger, que disparó un par de veces su demoledor 45.

La segunda bala se hizo camino entre las costillas del policía alojándose en las cercanías del corazón.

Aun así, Donald Burr pudo dar la vuelta y esconderse a la lluvia de balazos que contra su espalda enviaban los violentos asesinos. Trevor Conrad había salido del vestíbulo, como una exhalación, escalera arriba, al escuchar la primera detonación.

—¡Vámonos de aquí, Cherokee! —aullaba Nick Winger.

—¿Y yo...? —preguntaba, temblando, la pelirroja que había compartido catre con Nick.

El, proyectándola cruelmente contra la pared donde rebotó dolorida, rugió:

—¡Quita de en medio, furcia! ¡Quita o te baleo!

Se encogió en tierra temblando como una hoja.

Cherokee John, acabando de meterse dentro de la chaquetilla tejana corrió hacia el ascensor seguido de Nick.

Apenas cinco segundos después de que se metieran en el rectángulo, asomó Trevor Conrad, revólver en ristre.

Vio a Steve muerto y lanzó una sonora maldición:

—¡Hijo de puta!

Y tras unos instantes de pausa, gritó:

—¡Donald..., Donald! ¿Dónde estás?

—¡Ve tras ellos, Trevor! Yo estoy bien... ¡Han bajado en el ascensor y son dos! Trevor voló escaleras abajo llegando al vestíbulo casi en el mismo instante que se abrían las puertas automáticas del ascensor y aparecían los dos asesinos.

Cheroquee le dio puntual al gatillo y Conrad hubo de ensayar una asombrosa cabriola, tirándose al suelo y girando como una bala sobre el antebrazo, para hurtar su anatomía a la andanada de plomo.

No pudo precisar el ángulo de tiro y sus disparos se perdieron en el aire.

Nick Winger sí que le apuntó con firmeza dándole al gatillo un par de veces consecutivas.

Trevor ensayó otro salto, ágil, centelleante, hasta caer al otro lado de una de las columnas que sostenían el techo del vestíbulo, tras la que halló momentánea protección.

—¡Te vamos a asar, poli! —Escuchó berrear a uno de los criminales.

—¡Y yo te arrancaré la cabellera como en los viejos tiempos, cabrón con placa! Trevor, cuando menos lo esperaban, pegó un brinco fenomenal y quedó agachado, en el centro del vestíbulo, con el arma empuñada firmemente con la zurda cuya muñeca sujetaba con fuerza la mano diestra.

Vio a Nick y le dio al gatillo.

Tuvo que saltar de nuevo para cambiar instantáneamente de posición porque Cheroquee lo iba a abrasar.

Winger que también había saltado para eludir el balazo de Conrad no pudo evitar, pese a ello, que el plomo impactara en su mano obligándole a soltar el arma y produciendo en sus nudillos una herida sin importancia pero que escocía lo suyo.

—¡Tírame la pistola y ve por el coche, Cheroquee! Yo te cubro.

—Vale —asintió el indio y le lanzó el arma por los aires.

Nick comenzó a disparar hacia el punto donde estaba oculto Trevor y el indio lo aprovechó para correr como un guepardo hacia la salida del hotelucho. Conrad estaba recargando el tambor. Y Nick Winger, consciente de ello y consciente también de que a él aún le

quedaban un par de plomos en el cilindro, salió como una flecha y atrapando por los cabellos a la chica de recepción que se había refugiado tras una butaca, bramó:

—¡Poli...! ¡Poli asqueroso! ¡Asoma los hocicos con las manos en alto o me cargo a esta golfa! ¡Vamos, poli! ¡Estoy hablando en serio!

—¡Aaaaah! —aulló la muchacha, dado que Nick Winger le tiró brusca y brutalmente de los cabellos.

—¡Venga, poli, sal! Diez segundos más y la pongo como un colador.

En aquel instante por el último tramo de escaleras, el que asomaba al vestíbulo, apareció la figura tambaleante de Donald Burr, que goteando sangre profusamente parecía, más que andar, flotar sobre los peldaños.

Trevor, tras la columna, sin verlo, lo intuyó a su espalda.

—Quieto, Donald. Agáchate. Tiene a la muchacha.

—Da lo mismo, Trevor. Llevo varios minutos viviendo de propina. Yo acabaré con ese malnacido.

Nick Winger se hizo presente protegiéndose con habilidad tras el cuerpo de la aterrorizada muchacha.

—¡Ni borracho te crees eso, poli! —bramó.

A Donald le costó una infinidad alzar la mano armada.

A Nick Winger no le costó nada meterle un plomo en la garganta y tirarlo muerto, de espaldas, contra los peldaños.

Conrad también salió al descubierto, en cuclillas, estirados los brazos y con el revólver delante.

El asesino, perfectamente oculto detrás de la chica, sonrió burlón y ominoso.

—La matarás a ella y yo tendré tiempo de levantarte la tapa de los sesos... ¡Tira el arma hacia aquí! ¡Rápido o me la cargo!

Winger había apoyado el cañón de su arma contra la sien izquierda de la chica. Trevor Conrad que jamás en su vida se había sentido más impotente, sabedor que a su espalda yacía muerto un compañero, que arriba había otro sin vida y que la suya estaba a merced de aquel loco sanguinario, de aquel homicida cruel que parecía excitarse al máximo con la visión de la sangre... miró el rostro lívido, aterrorizado, de la pobre infeliz.

—Tú ganas, basura.

—¡Venga ese revólver, poli!

Lo envió adonde el otro le decía y Nick Winger lo substituyó por el suyo.

Entonces se escuchó el chirriar de unos frenos, un motor en marcha, rugiente, y la voz de Cherokee John que bramaba:

—¡Venga, Nick! ¡Al coche! ¡Larguémonos de una puta vez de aquí!

Winger proyectó violentamente a la muchacha, hacia delante, incrustándola de bruces contra el mosaico.

Quedando frente a Conrad y apuntándole a la cabeza con su propio revólver.

Una sonrisa cruel, dañina, de homicida nato, curvó los labios del criminal.

—Te voy a balear, poli... ¡me encanta liquidar polis! ¡Toma plomo, asqueroso! Trevor Conrad hizo algo inverosímil. Justo cinco segundos antes de que Nick le diera al gatillo, él, salió por tos aires y salvando limpiamente el mostrador de madera cayó dentro del hueco de recepción.

—¡Maldito...!

Nick Winger, rabioso, excitado, comenzó a disparar con furia ciega contra la madera, tras la cual y aplastado en tierra como una serpiente, el policía escuchó silbar los proyectiles a escasos milímetros de su rubia cabeza.

—¡Nick, Nick...! —gritaba Cherokee desde el coche, afuera, en la calle—. ¡Venga ya, maldita sea! ¿Qué esperas?

—¡Voy...!

Y tras enviar un par de plomos más contra el bajo del mostrador, echó a correr velozmente.

Trevor oyó arrancar el coche con potente bramido de su acelerado motor y abandonando la protección quiso perseguir, baldíamente, a quienes huían.

Una crispación dura, funesta, contrajo sus facciones. Los brazos raídos a lo largo del cuerpo y tos puños apretados con violencia evidenciaron el grado de rabia y frustración que estaba experimentando.

Dentro del hotel dos compañeros muertos.

Fuera, un par de asesinos que se escapaban para proseguir su nefasto camino de crímenes.

—¡Aunque sea lo último que haga en mi vida, lo último... os

mataré con mis propias manos! —masculló.

Se oyeron en la lejanía, pero acercándose al lugar, las sirenas de varios coches radiopatrullas.

CAPÍTULO II

—Eres violento, Trevor Conrad. Violento al máximo... ¡y te ahogas en tu propia violencia! Si yo fuera un redactor publicitario y tuviera que confeccionar un *slogan* sobre ti para un anuncio de ventas, diría, diría... ¡no diga Trevor Conrad, diga *violencia a tope*! Y tu violencia...

—Jefe. ¿A qué viene eso?

—¡Qué...! ¿Cómo dices? ¿Aún te atreves a preguntar qué...? — Martin F. Montgomery, teniente de la Brigada de Homicidios de servicio en el Precinto 24, hombre recio y vigoroso, negra su piel, negros sus ojos y rizados sus cabellos, contempló a su subordinado con auténtico asombro. Gritó—: ¡Acaban de asesinar a dos compañeros en tus narices, en tus violentas narices...! ¿Por qué te metiste donde no te llamaban?

—Estarían muertos igual, teniente —razonó el rubio.

—¿De veras, Trevor?

—De veras, teniente. Esos tipos son asesinos natos. Matan, matan y matan. Seguirán matando hasta que yo les acribille a ellos.

—¡Viva la violencia! ¿Eh, Trevor?

—Vivimos en un mundo violento que no he creado yo, teniente. ¿De qué pretende culparme?

—Donald Burr y Steve Ward —dijo el policía negro dejándose caer pesadamente en su silla, tras la mesa— están muertos. Eran dos policías. Y quienes se atreven a matar a dos policías son criminales doblemente peligrosos para los ciudadanos indefensos y desarmados.

¿Lo sabías, Trevor?

—Sí. Esos tipos son cosa mía a partir de este instante.

—¿Quién te ha dicho que voy a asignarte a ti el caso? —

Moralmente me lo debe, teniente.

Martin F. Montgomery soltó una amarga risotada.

—¿En nombre de quién hablas tú de moral, Trevor Conrad?

—En mi propio nombre, señor.

—¿Sabes quiénes eran esos tipos, Conrad?

—Algo me ha dicho Hagerty al entrar.

—Pues ve a su lado y que te siga informando. —¿Me da el caso, teniente?

—A ti y a Hagerty, ¿entiendes? Y quiero que Peter Hagerty participe en algo más que en andar haciendo preguntas estúpidas donde tú le mandes y en algo más que en comprarte a ti paquetes de cigarrillos.

Trevor se puso en pie.

—¿Me tiene manía, teniente?

—Es evidente que sí, Trevor. No me gustan los policías violentos.

—Los criminales son violentos. ¿Sugiere que los detenga repartiendo estampas de Santa Rita?

—Tienes cuarenta y ocho horas. Ni una más. O me traes a esos asesinos y una explicación coherente o yo me encargaré de que te aburras de tal forma que acabes presentando la dimisión. ¿Hace?

—Hace Hasta más ver, teniente.

Salió del despacho de su jefe dirigiéndose con rectitud a la mesa de la sala central del Precinto que ocupaba Peter Hagerty.

Se desplomó en una silla frente a su compañero y le dijo:

—Ilústrame, camarada.

Peter Hagerty era un chaval de veintitrés años que apenas si llevaba uno fuera de la academia. Su cabello era castaño, largo, como en media melena, su rostro juvenil y simpático de facciones aniñadas, con notable expresividad partiendo de lo más profundo de unas pupilas vivas de tonalidad almendra.

Hagerty era uno de los pocos que dentro del Precinto 24 confesaba abiertamente su admiración por Trevor Conrad. Porque muchos, allí, odiaban cordialmente al rubianco de maneras bruscas, violentas... y le odiaban porque no eran capaces de hacer lo que hacía él y con la naturalidad con que lo hacía él.

Otros, le envidiaban en silencio. Lo envidiaban desde lo más íntimo de su propia anulación.

Peter empujó hacia su compañero una foto en blanco y negro, tamaño

13 × 18.

Anunciando:

—Nick Winger...

—El hijoputa que ha asesinado a Donald Burr. Y puede que a Steve también. ¿Qué pasa con él?

—Se fugó hace setenta y dos horas, con la ayuda de un tipo enorme de raza india...

—Ese al que Nick llamaba Cheroquee...

—... De la Granja de Reinserción Social de Santa Mónica, asesinando a tres guardias de prisiones.

—Todo un récord. ¿Por qué estaba allí?

—Drogas. Alguien le denunció como hace ocho meses. Estaba pendiente de sentencia pero como no se pudo probar que Nick fuera «camello» parece ser que iban a comportarse blandamente con él. Catorce meses a lo sumo. Porque pese a ser un rufián de la peor especie, nunca hasta ahora había cumplido condena.

Trevor Conrad se pasó una mano por la barbilla.

—No es lógico.

Hagerty le miraba con atención e interés.

—¿El qué?

—¡La fuga, pequeño, la fuga! Pero, oye... ¿cuándo piensas aprender tú?

—Para eso estoy a tu lado, ¿no? Para aprender...

—El jefe dice que yo soy «violencia a tope».

—Puede —sonrió Hagerty—. Pero no se me ocurre otro modo de combatir a la violencia que con... Has dicho que la fuga no era lógica, ¿verdad?

—Verdad, aprendiz. Nick sabía positivamente que iban a ser benévolo con él y si llevaba ya ocho hojas de calendario sólo le restaban seis para cumplir la condena prevista. Ningún profesional del delito se la juega por medio año cochino. Nick ha debido de tener poderosas razones... En todo esto, Hagerty, hay algo que se nos escapa.

Que no sabemos. ¿Tienes noticias de los más íntimos de Nick Winger?

—Aparte del indio, Sean Bates, uno que al parecer va de

«pinchazo» y macarra baratillo. Está enchulado con una tal Julie Benson que se prostituye para él. Paradero desconocido aunque la chica parece pernoctar habitualmente en la Flor de Lys, Chinatown. Keith Kruger, que empezó siendo ratero de poca monta y en los últimos tiempos, a juzgar por su indumentaria y sus aires de hampón, ha prosperado en sus actividades delictivas. Cumplió condena por proxeneta pero su corta edad entonces, aunque ya era edad penal, pareció influir en el ánimo del juez. Tampoco se le ubica en ningún domicilio fijo. Otro amigote del asesino Winger es *Bonito* Malcolm, un fulano de color que está cumpliendo quince meses de trena por corrupción de menores. Lo engancharon en un hotel de mala nota, en Harlem, con una catorceañera. El juez tuvo en cuenta la posibilidad de que la niña fuese más puta que las gallinas y no le apretó demasiado las tuercas al negro. Bonito Malcolm es el único de la pandilla al que tenemos localizado. ¡Ah, Trevor...!

—¿Qué sucede? —El rubianco arqueó las cejas.

—A Bonito lo colocaron cuarenta y ocho horas después que a Nick Winger.

—¿Qué sugieres, Hagerty?

—En ambos casos se trató de un chivatazo.

—¿Sugieres que alguien tenía excesivo interés en que Winger y el negro fuesen retirados una temporada de la circulación?

—Sugiero, colega. ¿Por qué no nos damos una vuelta por el talego?

Trevor Conrad se puso en pie.

—No es mala idea, niñato. No. ¿Sabes que vas aprendiendo?

—Gracias, maestro —también se alzó de su asiento—. ¿Nos vamos?

—O. K. ¡Ah, Hagerty!

—¿Qué sucede, Trevor?

—Necesitamos una orden para visitar al negro.

—¿Insinúas que vaya a ver al jefe?

—Insinúo...

CAPÍTULO III

El fulano, pitillo al labio, avanzaba por el estrecho callejón al que tenía salida trasera aquel tugurio de Harlem donde se jugaba fuerte.

Sonreía.

Porque aquélla había sido su tarde. En el bolsillo del pantalón un rollo de billetes hasta alcanzar la cifra de los tres mil quinientos era la evidencia de su alegría.

Aunque había algo que le preocupaba. Y su preocupación tenía un nombre: Sean Bates. —Si será cerdo...— musitó, sin que la colilla se despegara de su labio inferior—. Un millón doscientos mil esperando en algún lugar y el tío no suelta prenda. Podría rajarle, pero...

—¿Hablas solo, muchacho? —preguntó, de repente, alguien que parecía haber nacido impensadamente en la oscuridad del callejón.

—¡Eh...! ¿Quién está...?

—Soy yo, compadre. Yo... y mi amiguete Cheroquee. ¿Te habías olvidado tan pronto de mi, Keith Kruger? ¡No, no lo creo! No me digas que tú... ¡que tú ya no te acordabas de Nick Winger! Porque yo me llamo Nick Winger... ¿recuerdas?

—¡Oh, Nick...! —Ahora sí se le cayó el pitillo—. ¡Pero si tú estabas en...!

—Ya no lo está, chivato de mierda. —Cheroquee había aparecido delante del otro como por arte de magia.

—¡Os juro que yo no tuve nada que ver en lo de..., en lo de...!

Cheroquee John le metió un brutal puñetazo en la boca del estómago que hizo encogerse a Kruger. Seguidamente le astilló labios y nariz de un violento zurdazo, proyectándolo contra la pared con mucha sangre en la boca.

—Pues si no tuviste que ver con que metieran a éste en el

talego... ¿por qué no saltas de alegría al verle?

Keith se limpiaba los labios con el revés de la mano y se palpaba con gestos de dolor la fracturada nariz.

—Háblame de la pasta, Keith —le dijo, ominoso, Nick Winger, cuyos ojos de asesino brillaban peligrosamente en la oscuridad. Insistiendo—: Un millón doscientos mil que debíamos repartir entre cuatro pero que tú has querido monopolizar.

—¡Te juro que no sé dónde se halla el dinero! ¡Sean y el negro lo saben! ¡Ellos cambiaron la tela de sitio! ¡Palabra que es verdad! ¿Crees que estaría aquí si tuviese los billetes?

—Eso es razonable, ¿no te parece, Cherokee?

—Sí... Pero cuando este chivato te vendió, posiblemente el dinero seguía en el mismo sitio. Fue después, alarmado, cuando Bonito y Sean, especulando con la posibilidad de que también a ellos les sucediera algo, decidieron el cambio.

—También es razonable y coherente lo que tú dices, indio.

—No me llames indio...

—Perdona. ¡Eh, Keith! ¿Te parece lógico lo que dice Cherokee?

Keith Kruger, acurrucado contra la pared, temblaba visiblemente.

—Yo... ¡jesto, yo..., te juro que yo...!

Winger, con su sonrisa sádica iluminando las tinieblas del callejón, le metió la dura puntera de su bota tejana en los masculinos atributos a Keith.

—¡Aaaaaaag! —se retorció como una culebra herida.

Cherokee le pegó un punterazo brutal a la ya castigada boca. Kruger, entre aullidos de dolor, escupió chorros de sangre y un par de dientes.

La subsiguiente patada se la sacudió Nick Winger en la cabeza. El otro, por segundos, creyó que la frente acababa de estallarle.

Se le nubló la visión y todo se hizo más oscuro todavía, terriblemente borroso.

—¿Por qué te chivaste, guarro? —inquirió Winger.

Sin aliento apenas, jadeó:

—¡Yo..., no..., yo juro que..., Winger yo...!

El indio, ciego de furor, ensañándose con aquel guiñapo a patadas y punterazos, barbotando insultos y escupiendo bestialidad junto con blanquecina saliva, fue interrumpido por su criminal

compañero en la ciega tarea de brutalidad en la que se había integrado.

—Tranquilo, Cherokee, tranquilo... ¡Lo vas a matar, muchacho! Y tú no quieres matarlo, ¿verdad?

—¡Odio a tos chivatos, tos odio, los aborrezco, los pisoteo, los escupo, los trituro...! —Estaba ciego de rabia y sus ojos cobrizos despedían chispazos visceralmente asesinos—. Tranquilo, Cherokee, tranquilo... —lo contuvo casi por la fuerza. Y dijo, dirigiéndose al muñón ensangrentado, medio inconsciente, que estaba apelonado en tierra—: Si no le dices la verdad te machacará a patadas, Keith. ¿Fuiste tú, no es así? Apenas un sollozo pintado de rojo, pintado con sangre:

—Sí...

—Por el dinero, ¿es cierto? —siguió preguntando, con sadismo, Nick Winger.

—Sí... Pero luego... Luego, Sean y el negro...

—¿Has oído, Cherokee? ¡Tenías razón! ¡El me delató!, ¡lo hizo por el dinero! ¿Has oído, Cherokee? ¡Es un chivato de mierda!

Un bestial cuchillo de monte dejó brillar su acerada hoja con ribetes de azulada tragedia, de oscura y siniestra premonición, sostenido por la zurda bronceada del indio.

—¡Sujétalo por los pelos, Nick! ¡*Sujétalo*!

—¿Qué piensas hacer con él, Cherokee?

—Rebanarle el gazzate... ¡ajusticiar a un chivato como se merece!

—¿De veras? ¡Qué horror! —se burlaba cruel, despiadadamente, el asesino Winger—. ¿Y quieres que le levante el «melón» alzándolo por los cabellos?

Un rugido siniestro se atropelló en los labios de Cherokee John cuando el otro se inclinó de golpe, casi inesperadamente, tirando con ancestral brutalidad de los pelos lacios de Keith Kruger.

Y éste, pese a la cantidad de golpes recibidos, pese a la terrible violencia que habían desarrollado sobre su cuerpo, reunió fuerzas para que todas sus cuerdas vocales vibraran al unísono, gritando, bramando, aullando como una bestia:

—¡Nooooooooooooooooo!

El navajazo fue certero, bestial.

Nick Winger se quedó en la mano con la cabeza de Kruger asida

por los cabellos, rebanada de cuajo, separada del tronco merced al vesánico actuar del monumental acero movido por la mano de Cherokee.

Winger escupió sobre aquella cara asombrada de ojos cristalinos que parecían escapar de sus órbitas, que trataban, desesperados, de huir al propio horror. Luego, con desprecio, tiró la cabeza hacia un rincón de la callejuela, lejos del cuerpo a que había pertenecido, del que en vida formaba parte.

—¡Largo de aquí, Cherokee! —gritó, a renglón seguido—. ¡Vamos por Sean!

—¿Dónde?

—A la guarrería de hotel donde aterriza su chavala. Una golfa llamada Julie Benson.

* * *

Al tío que se cuidaba del registro del lugar —la Flor de Lys era una sucia pensión (no llegaba ni a hotelucho) de peor nota... puterío y tal, se entiende— los ojos se le pusieron lo mismo que el *Columbia* al abandonar la órbita terrestre.

Luego tragó mucha, muchísima saliva.

Por último, sus atributos masculinos, se le situaron uno a cada lado de la garganta.

El tío, de veras, estaba acojonado.

Porque Cherokee John le mostraba, a dos dedos del gaznate, la punta hiriente de su desproporcionada navaja. Teñida de rojo vivo, vivísimo. Incluso al tío le pareció que goteaba sangre y que la sangre era suya.

—¿Qué..., qué quie... ren?

Nick Winger le miró fríamente con aquellos ojos tan suyos de criminal empedernido en los que no se leía el menor atisbo de humanidad.

—Tú ve diciendo sí a todo lo que yo te pregunte, ¿eh?

—Glub... ¡Sí!

—¡Eso es, eso es! ¿Te das cuenta, Cherokee? Da gusto tropezarse con gente que está dispuesta a colaborar con uno. A ver, alcahuete... ¿Se hospeda aquí un pendón con faldas y muy ligera a la hora de quitarse las bragas, que se llama Julie Benson? Siguió

tragando cantidades industriales de saliva.

—¡Sí...!

—¿Está, ahora, en su habitación?

—¡Sí...!

—¿En compañía de una rata repugnante que se llama Sean Bates?

—Creo que...

—¿Crees... —le atajó, ominoso, Winger—, sólo crees?

—¡Sí!, sí... ¡Sean está con ella!

—¿Y cuál es la habitación de esa pareja de lascivos? —prosiguió, cruel, Nick Winger.

—La 12.

—Bien, grasiento, bien... ¿Cómo estás tan gordo, tío? Seguro que de no pegar golpe, ¿verdad?

Silencio.

—¡Contesta! —aulló, rabioso, el asesino Winger.

—¡Sí..., sí!

—¿Has oído, Cheroquee? ¡Je, je, je! Está gordo de no trabajar.

—Déjate de chorradas y al grano —masculló el indio, sin retirar la punta de la navaja de las inmediaciones del cuello del encargado.

—Gordo... —Silabeó Winger—, subirás delante nuestro a la habitación 12, llamarás a la puerta, y cuando la golfa responda le dirás que traes un paquete que han dejado para ella. ¿Eh?

Cabeceó afirmativo notando que gruesos chorros de sudor y pringue grasienta resbalaban por su frente.

—¡Andando!

Fueron en procesión hasta la madera que lucía el número 12 y que pedía a gritos una mano de pintura.

El gordo la golpeó.

—¿Quién...? —preguntó desde dentro una voz femenina, ronca, aguardentosa.

Tragó el tipo saliva una vez más.

—Yo... Soy yo, Drufus.

—¿Y qué coño quieres ahora? —El interrogante lo formulaba esta vez un registro masculino que sin duda debía pertenecer a la garganta de Sean Bates.

—Glub... Esto... ¡traigo un paquete que acaban de dejar para la señorita!

—¿Para mí?

—Sí...

—¿Y qué es?

—No lo sé. Está cerrado... —Winger silbó algo al oído del gordo y éste exclamó—: ¡Parecen bombones!

—¿Bombones? —se sorprendió la hembra—. No lo entiendo...

—¡Es igual! —gritó la voz del hombre que estaba dentro con ella—. Nos endulzaremos. Ábrele...

—Voy, voy...

Unos instantes de espera y tras ellos la puerta cedió hacia atrás.

—De veras que no entiendo quién puede mandarme bombones. ¿Estás seguro de que son para mí...?

Cheroquee saltó frente a ella propinándole una soberana torta que la catapultó al interior tropicando contra la cama.

—¡Eh...! ¿Quién diablos...? —Sean Bates saltó del lecho donde estaba tirado.

Nick Winger le salió al encuentro incrustándole el puño en mitad de la boca y lanzándolo contra la pared con espesos hilos de sangre surgiendo por la comisura de los labios. El indio seguía abofeteando cruel, violentamente, el rostro sorprendido y lloroso de la chavala cuyos ojos y el ribete violáceo que circundaba los mismos hablaban de su afición desmedida al «pinchazo». Sólo llevaba unas minúsculas y transparentes bragas luciendo al descubierto sus pechos grandes, ampulosos, lascivos y baratos, que se podían obtener por pocos dólares.

Sean tenía las pupilas desorbitadas y fijas en Winger quien, de pronto y tras una pausa, le pegó un demoledor punterazo en los genitales.

—¡Aaaaaaaag! —se retorció en tierra.

—¡Socor...!

El grito murió en labios de la chica junto con el tremendo puñetazo que Cheroquee estrelló en ellos.

Julie Benson se dobló, inconsciente, encima del catre.

—He venido a hablar de la pasta, tío —escupió Winger a Bates.

Sean, encogido en tierra como un gusano, se cubría el rostro con las manos en infantil, baldío intento, de protegerse contra nuevos golpes.

—¿Me has oído, cerdo?

Cheroquee se inclinó sobre Sean Bates atrapándolo por los pelos y tirando de éstos hacia arriba.

—Contéstale a Nick o te rajaré las venas una por una, ¿eh?

Sus ojos, grandes como soles, reflejaban pánico a borbotones.

—Sí...

—Antes de que él te corte las venas yo te patearé los huevos, Sean Bates. ¿Dónde has escondido los billetes?

—El... negro. ¡Bonito Malcolm los cambió de lugar!

—Eso me la suda, traidor. Quiero la pasta. Y la quiero ahora. ¿O prefieres que Cheroquee se entienda un rato con tu chavala?

—¡No...!

—La pasta entonces. Ahora.

—En el sitio donde está no la puedo sacar hasta el lunes. Es sábado... cierran los viernes por la noche y no abren hasta el lunes por la mañana. ¡Te lo juro!

—Nos llevaremos a la chavala, ¿de acuerdo? Y el lunes por la mañana, a las once, te esperaremos en el pasillo que desde la estación del subway de Staten West Side comunica con la bóveda de las cajas de alquiler, ¿entiendes? Si no vienes a esa hora con la pasta, da la chica por muerta.

—¡Oye...!

Cheroquee tiró con mayor violencia de los cabellos de Sean y con la otra mano, la de la navaja, le marcó un surco en la mejilla izquierda.

—¡No hay «oye» que valga, cabrito! —Le escupió el indio—. Aquí, las condiciones las ponemos nosotros. ¿Lo has entendido bien?

—Sí...

—¿Por qué no ayudas a vestir a la chica, Cheroquee? Sólo lleva bragas.

Sean trató de incorporarse, diciendo:

—Yo la vest...

Pero Nick Winger le pegó tan brutal patada en la boca del estómago y otra, cuando se encogía, en mitad del rostro, que lo mandó de nuevo contra la pared por la que se vino abajo perdido el conocimiento.

CAPÍTULO IV

El funcionario de prisiones, desde el otro lado de las rejas, preguntó, solícito:

—¿Quiere que me quede con ustedes, Conrad?

—No, amigo, gracias. Aquí el niño... —señaló con ironía pero a la vez con afecto a Peter Hagerty— y yo, nos bastamos.

—Como diga, Conrad. Cuando estén listos pulse aquel botón rojo que sobresale de la pared.

—O. K.

Luego, Trevor Conrad miró al negro. Le dijo:

—Quiero que me hables de Nick Winger y un tipo muy grande al que apodan Cherokee. ¿Eh?

Malcolm Landon, alias Bonito, era, desde luego, un negro guapo. Con maneras y ademanes, incluso facciones, que recordaban al ídolo peliculero de betún, Sidney Poitier.

—Conrad o como te llames... has marcado un número equivocado. Yo no me doy la lengua con polis.

—¡Ah...!

Tras la breve exclamación que por neutra podía expresar sorpresa, asombro o simplemente indiferencia, la recia humanidad del policía de rubios cabellos que parecían flotar a ambos lados de su cabeza cuando él andaba, dio unos pasos, lentos, como medidos, hacia donde se encontraba el recluso.

Plantándose frente al negro con los brazos en jarras, repitió:

—¡Ah! Entonces... —Hizo como que iba a darse la vuelta.

Pero su puño zurdo, enorme, cerrado con fuerza, se empotró de pronto en el estómago del presidiario.

—¡Oooog!

—Yo me llamo señor Conrad, negro. Y de usted. Hechas estas

dos puntualizaciones te recuerdo que acabo de preguntarte por Winger y Cherokee. ¿Qué tienes que ver con ellos?

Bonito Malcolm, encogido, apretándose con ambas manos la parte castigada, farfulló:

—Winger está en la trena.

—Hace tres fechas que abandonó el hospedaje estatal. Cherokee le echó una mano en el asunto. Se cargaron tres funcionarios. Y no hace muchas horas han ventilado a dos compañeros míos, aquí, en Nueva York. Eso me tiene la sangre revuelta, negro. ¿Dónde paran ese par de malnacidos en la ciudad?

—No..., no lo sé. ¡Palabra!

—Eres un cabrón además de un negro pestilente. Procura hacer memoria o te chafo la cara.

—¡Winger es de Chicago!

—Pero últimamente andaba por Nueva York. Contigo, con Kruger y con un tal Bates.

—Sí... Nos encontrábamos en un garito de Harlem donde se juega fuerte.

—¿Qué negocio llevasteis a cabo los cuatro? —Conrad, implacable, lo acosaba con sus preguntas.

—Ninguno... ¡de veras que...!

Con la mano abierta Trevor castigó la cara de Bonito estrellándolo contra el vértice izquierdo que formaban las dos hojas de cemento.

—Quiero encontrarlos antes de que maten más policías, negro.

—¡Le juro que...!

—¿Qué golpe realizasteis los cuatro juntos?

Malcolm, un tanto acobardado por la violencia feroz del policía, se acurrucó en la pared.

—Nunca hemos trabajado juntos.

—Alguien se chivó para que os metiesen a ti y a Winger entre rejas. ¿Quién y por qué?

—¡No lo sé! ¡De veras que no!

—Dejaremos eso por el momento —admitió Trevor Conrad con aire ominoso. Inquiriendo de nuevo—: ¿Dónde paran ese dúo de hijos de perra?

—Ni idea...

Le pegó una patada en la espinilla saltando sobre él con

violencia al tiempo que lo hacía girar estrellando la jeta contra el muro y atrapaba su muñeca izquierda aplicándole, brazo atrás y arriba de la espalda, una presa dolorosísima.

—¿Dónde, negro? La paciencia se me acaba y te voy a hacer el brazo trizas.

—¡Aaaaaag! ¡Suélteme, por Dios!

—¡Mira que nombrar tú a Dios! ¿Dónde?

—Cheroquee tiene una chica. Laura... Trabaja en un local de esos de música *country* en el barrio bohemio.

—¿Greenwich Village?

—Sí...

—¿Cómo se llama el local?

—Smoke White...

—Si te has equivocado, volveré..., *negro* —y tirando de Malcolm hacia sí lo empujó después, con fuerza inusitada, contra la pared, chafándole la nariz contra ella—. Volveré, ¿entiendes?

Lo soltó. Para pulsar el timbre rojo que sobresalía de la pared.

Estaban tomando café en un tugurio de Greenwich Village.

—¿No te parece que te has pasado con el negro, Trevor?

—No. Oye, niño..., creo haber oído que estabas conmigo para aprender, ¿verdad?

—O. K.

—Pues aprende y calla.

—Malcolm te ha dicho lo de Laura para esconder algo.

Trevor asintió contundente.

—Seguro. Ellos cuatro dieron un golpe. Por eso alguien se chivó para que Bonito y Winger fuesen al talego. Y por eso Winger se ha escapado. Para ajustar cuentas, seguro.

—¿Sólo...?

—¿Qué apuntas, Hagerty?

—Dinero...

—No hay noticias escritas de que el golpe tuviese como finalidad el dinero. ¿Recuerdas algún expediente por solucionar que hable de un atraco reciente? Diez meses a lo sumo. —No, no lo recuerdo— admitió Peter Hagerty apurando su café. Objetando: —A lo mejor, al perjudicado, no le interesaba denunciar el robo.

—A lo peor, sí. ¿Has oído hablar de Sylvester Thomas?

—¿Y quién no, Trevor? Un confidente de altos vuelos... ¿Por?

—Porque vas a hacerle una visita ahora mismo. Luego de enseñarle tu placa le dices que vas de parte mía... y le dices también que ha tenido mucha suerte al no haber decidido yo ir en persona. Le aclaras que tú eres mucho más templado, menos violento... —Y le pregunto— completó Hagerty —si recuerda algún acto delictivo no denunciado en el que interviniesen Nick Winger, Sean Bates, Keith Kruger y Bonito Malcolm. ¿No?—. Sí. ¿Sabes que ya vas aprendiendo, muchachito?

—¡A tu lado...!

—Oye, niñato...

—Oigo, maestro.

—Antes de largarte a dialogar con el señor Thomas, ¿por qué no das un telefonazo al Precinto? Puede que hayan noticias de nuestros asesinos, ¿eh?

—O. K.

Peter Hagerty se dirigió a la cabina telefónica del local regresando un par de minutos después.

—Hay noticias —dijo.

—¿Buenas...?

—Depende de cómo se interprete. A Keith Kruger le han rebanado la cabeza de un tajo en una callejuela sórdida y oscura de Harlem.

Trevor Conrad soltó una grosera imprecación. Y después:

—Eso ha sido cosa del malnacido del indio, ¡seguro!

—¿Dónde nos encontramos luego, Trevor?

—En un *snack* del Bronx que se llama *Jamaika Show*. East Tremont 1117, cruce con Barkley Street.

—¿Tías buenas a manta supongo...?

—No te pases, mocoso. Mi chica trabaja allí. Es un local decente.

—¡Ah...!

—Tengo que hablar con ella, con Meryl, sobre el matrimonio.

—¡No jodas!

—De eso se trata. ¡Pero...! —Ladeó la rubia testa para mirar con fingida dureza a su compañero—. ¿Cómo te atreves a...? —Le pegó un cordial papirotazo en el cogote—. ¡Anda, largo! Ve a visitar al chivato de Sylvester... ¡y no vuelvas a mi lado sin resultados positivos! ¡Y se me olvida una cosa, Hagerty!

—¿Qué cosa, Trevor?

—Dicen por ahí que Sylvester Thomas es un pederasta de cuidado. Y como tú eres un niño de muy buen ver... ¡ándate con ojo!

—¡Olvídame, maestro! Hasta luego.

Salió del tugurio Peter Hagerty. Minutos después lo hacía el policía rubio.

* * *

—Ve con cuidado, capullo —masculló, entre dientes, Trevor Conrad—. Mi jefe dice que yo soy «violencia a tope».

El fulano que se hallaba al otro lado del mostrador, chillonamente vestido de cow-boy

con un enorme sombrero tejano tapándole las ideas, miró con sus ojos de pasota integral, larga, burlonamente, al que así hablaba consumiendo una jarra de cerveza.

—¿Y quién es tu jefe?

En el tablado del fondo, medio ocultos por unas densas, tupidas y retorcidas columnas de humo, humo que lo mismo provenía de simples pitillos Winston, Marlboro o LM, que de simples y aromáticos «porros», se hallaba un cuarteto de vaqueros que taconeaban la tarima al compás de sus estridentes guitarras, de su ensordecedor órgano electrónico, al tiempo que se suponía interpretaban música *country*.

—¿No puedes decirle a los chicos que bajen el volumen, tío?

—Los chicos son así, ¿sabes?

—Sé...

—Aún no me has dicho quién es tu jefe, forastero.

Trevor dejó la jarra encima del mostrador brillante y pulido.

—¡Ah, a! Mi jefe es negro. Y además, es teniente de la Brigada de Homicidios de servicio en el Precinto 24 y se llama Martin Fitzgerald Montgomery. Como aquel famoso militar que se tos puso a Rommel por corbata, ¿recuerdas, vaquero?

El encargado de la barra volvió a mirar burlón a Trevor.

—Y todo ese rollo... ¿para decirme que eres poli?

—¡O. K., tío! ¿Cómo lo has adivinado?

—¿Qué buscas?

—Una chavala que se llama Laura. Me han dicho que trabaja aquí... en Smoke White. Y esto es Smoke White, ¿verdad?

—Verdad —cabeceó el cow-boy, sin que se le cayera aquel sombrero que parecía el Empire State Building—. Pero la chica tiene fiesta hoy. Has perdido el tiempo, poli.

¿Querías encamarte con ella?

—Mejor con tu hermana, vaquero. ¿Eh?

—Cuidado con la lengua, poli —se mosqueó el encargado.

—Háblame de Laura, vaquero. ¿Dónde vive, por ejemplo?

El otro, abandonado su expresión estereotipada de pasota, frunciendo ahora el entrecejo y evidenciando una actitud hosca, despectiva, largó:

—¡Vete a la mierda, oye! Esto no es una oficina de información. ¡Jo con el tío, oye! ¡Qué pesado!

Cerca del lugar donde se encontraba acodado Trevor y encima de un paño, había como quince vasos de cuba libre debidamente amontonados. Tras ellos una fuente de cerveza.

—¿Ves los vasos, vaquero?

—¿Es que te quieres «quedar» conmigo, poli?

Trevor Conrad con un ademán fulminante mandó la pila de vasos al otro lado, detrás del mostrador, donde golpearon cantarinos contra la tarima, haciéndose en su mayoría añicos con el consiguiente y considerable estrépito.

Incluso el ruido, por unos instantes, se alzó encima del producido por las guitarras y el órgano electrónico.

—¡Pues ya no los ves!

—¡Maldito seas, cabrón! —Y se lanzó agresivo, adelante.

Conrad estaba más práctico en aquellos asuntos. No hizo más que ladear la cabeza, sin apenas moverse, evitando la andanada del encargado.

La cara del vaquero quedó muy cerca de Trevor. Y el puño derecho de éste, como por arte de magia, estalló lo mismo que un huracán en mitad de aquélla.

El tipo salió hacia atrás como un obús tropicando contra los anaqueles que sostenían botellas, algunas de las cuales se fueron a tierra.

Un tipo muy grande, enorme, bestial todo él, que estaba tomando *whisky* en una mesa cercana al mostrador en compañía de una trigueña de tetas groseras que dejaban atrás el escote para caérsele, casi, encima de la mesa..., un tipo muy bestia todo él, decíamos, dejó la mesa y la trigueña de cántaros escandalosos para plantarse junto a Conrad.

—¿Buscas gresca, matón?

Trevor se le quedó mirando con fingido asombro de pies a cabeza.

—¡Qué grande eres, chaval! No contaba contigo, palabra... —Y le mostró la palma de ambas manos, vueltas a él, en son de paz.

—Lárgate de aquí antes de que me cabree, ¿eh?

—Yes. Ahora mismo, ahora mismo, grandullón. Ya me voy... ¡Oye! ¿Aceptas una cerveza?

—No. Largo...

—¡Sí, sí! O. K. Ya mismo, ya...

Parecía que Trevor se largaba, si. Pero de repente, se revolvió. Para meterle al grandullón un fulgurante y demoledor «uña» con el que te machacó, literalmente, plexo hepático y la boca del estómago, lo que hizo desorbitar los ojos al tipo lo mismo que si se estuviera muriendo, lo que hizo también que se fuera atrás despedido con violencia, que se inclinara después...

Justo para que Conrad le metiera la rodilla en la cara doblándolo contra la mesa donde estaba, asombrada, boquiabierta, Tetas Escandalosas.

Largó un punterazo a la cintura del grandullón, y luego, atrapándolo por el cuello de la camisa vaquera de cuadros, lo mantuvo de cara a la pared, apretando con fuerza, al tiempo que decía:

—Separa las patas que voy a cachearte.

Obedeció más por inercia que por otra cosa.

Trevor dio con una pistola 6.35 mm de cachas nacaradas.

—¡Qué cosa tan linda! ¿Para qué quieres tú esto, grandullón?

Le quitó el cargador guardandoselo en el bolsillo de su cazadora y tiró el arma contra el tablado donde la orquesta seguía, dale que te pego, arreándole caña a la música *country*. Conrad se desentendió del tipo regresando al mostrador.

Nadie osó, ahora, interponerse en el trayecto del policía.

Evitaron la mayoría, incluso, su mirada peligrosa, violenta.

Dio un puñetazo encima de la barra, y:

—¡Vaquero!

El del sombrero gigante que parecía una seta arrugada dentro de un plato, miró con mucho respeto al rubio de fríos ojos azules y cabellos que parecían flotar cuando él andaba y cuando él sacudía.

—¿Sí...?

—Laura.

Ya no puso peros, ni pegas, ni eludió su responsabilidad porque era, precisamente su cara, y muy probable que hasta sus muelas, las que se estaba jugando ahora.

—Vive cerca de aquí.

—¿Cómo de cerca?

—A un par de cuadras... en el número 106 de la 92 Street.

—¿Te dice algo el nombre de Cheroquee?

—Es el maromo de Laura.

—¿Su chulo?

—Algo por el estilo —respondía el tío casi sin tiempo a pensarlo.

—¿Viene por aquí?

—Algunas veces. A recogerla a ella.

—Vale, vaquero, vale... —Y le palmeó las mejillas con una sonrisa burlona, pero fría a la vez, en los labios. Agregando—: Y otra vez no seas tan desconfiado, tan reticente, ¿eh?

Nada dijo el vaquero.

Se hizo un pasillo humano desde la barra a la puerta para permitir el paso y la salida de aquel rubio de maneras avasalladoras, excesivamente personales, que se llamaba Trevor Conrad.

Era muy posible que su jefe, Martin F. Montgomery, tuviese razón, sí.

Violencia a tope, sí.

Pero aquél era un mundo sucio, oscuro, y sobre todo violento, donde sólo se podía sobrevivir, triunfar, con la violencia en la mano.

CAPÍTULO V

Era aquél, uno de los sectores más deprimentes del barrio bohemio neoyorkino.

Putas en pleno declive recostadas en las esquinas o sentadas groseramente en los portales, despatarradas y tal, carentes de bragas y necesitadas de moral y vergüenza la mayoría desde el mismo día en que vinieron al orbe... que ofrecían servicios paradisíacos por módicas cantidades.

—Ven, rubiales... —Una, estiló su mano sarmentosa para atrapar la muñeca de Trevor—. En cinco minutos te disparo al éxtasis.

—Perdona. Tengo prisa.

Tíos que andaban «ciegos» de cocó o heroína y que se tropezaban en las esquinas al no verlas, o en las farolas, con ojos dilatados y colorados como los de los besugos, insensibles a todo lo que les rodeaba, en otro mundo... Algunos te pedían un par de dólares para un bocata cuando en verdad les faltaban para pagar la «ración» que no tardaría en suministrarles el «camello»...

Deprimente, sí.

Más bien asqueroso todo aquello, desde luego.

Trevor levantó la vista hacia el edificio como tratando de hurtarse a tanta miseria, a tanta ruindad. Porque a pesar de sus maneras expeditivas, Conrad era un tipo sensible, hipersensible mejor, en lo que significaba para el propio individuo como tal y a la sociedad como entorno.

El, no iba a solucionar aquello.

Pero sí podía solucionar una pequeña porción de aquello.

Siguió, no obstante, mirando el edificio.

106 de la 92 Street.

Era una construcción de planta baja y dos pisos. Parecía ser una casa de huéspedes o algo por el estilo.

Trevor no entendía a aquella gente. Y mucho menos su modo de vida.

Siempre en pensiones de mala o peor nota. Como máximo en hoteles de una estrella, o de dos, cuando algún negocio sucio les sonreía permitiéndoles concederse aquel extra de tener sábanas limpias a diario durante una semana y calentar las tripas en buenos restaurantes.

Luego, al fin, vuelta a la mísera pensión. Al fonducho.

Eran incapaces de ser coherentes consigo mismos, de exigirle algo a la vida y tener la valentía de conquistarlo desde una perspectiva honrada, conservándolo después con el esfuerzo y la integración total... un hogar propio, una situación estable...

No. A ellos les bastaba con la pensión, con la incertidumbre de no saber cómo iban a sobrevivir al día siguiente... Eran, en el fondo, unos auténticos desgraciados.

—En fin... —musitó para sí—. No es mi problema.

Dio la vuelta buscando si existía algún callejón que diera a la parte trasera del edificio.

Sí, tuvo suerte. Lo había.

Y había también una vetusta escalera de emergencia, con pasamanos y peldaños de madera, viejos, raídos, carcomidos, que iba desde el pie de la calleja infecta y pestilente donde se hallaban amontonados desperdicios y basuras, hasta morir en una de las ventanas del primer piso de la construcción por la que se interesaba el rubio policía. Precisamente aquella ventana estaba iluminada. Y también las otras dos de aquel primer piso.

Y como los visillos eran blancos y tenues, muy finos, tanto que parecían de papel de fumar, pudo captar la transparencia de una silueta femenina evolucionando cerca de los cristales.

Parecía como... ¡como si estuviera bailando! Como si ensayara un pase de *strip-tease*. Era eso, sí. Se estaba desnudando paulatinamente.

¿Y el público? ¿O se trataba de *flash* narcisista?

No.

Había alguien, sí... ¿Cheroquee? Trevor aguzó la vista centrando el caudal de ambas pupilas en la otra figura que se silueteaba al

contraluz por detrás de los visillos.

Avanzaba hacia Laura, la ceñía por la cintura al parecer, la besaba... Ahora se distanciaban...

—¡Oh, no! —exclamó Trevor sin poder evitarlo—. ¡Es otra tía! ¡Asco de gentuza! Sin pensarlo un segundo más echó peldaños raídos arriba procurando no efectuar demasiado ruido. Pero aquellos jodidos escalones de madera carcomida crujían, se quejaban, como su puñetera madre.

Le pegó una patada a los cristales, los hizo astillas, saltó dentro de la estancia revólver en mano...

—¡Quietas, chicas! ¡Ni pestañear!

La amiga de Laura no le hizo demasiado caso por que se vino, se lanzó sobre él, exhibiendo, enarbolando en actitud tan bélica como decidida, un bate de béisbol.

—¡Te voy a chafar la cabeza, cerdo! ¡Ahora ver...!

Se dejó ir con toda su fuerza bate por delante.

Trevor escorzó la cabeza del lugar donde ella pensaba batearla y se fue adelante, al tiempo que como si de una cox se tratara alzaba hacia atrás su pierna izquierda, y consiguió meter la suela del zapato, tacón incluido, en la cara de la agresiva lesbiana.

Largó ésta un sonoro rugido de dolor al sentir el golpe y notar como la sangre corría por su piel procedente de nariz y boca.

Laura, entretanto, había pugnado por atrapar una pequeña pistola que descansaba en la parte de arriba del mueble de la TV.

Trevor se fue casi de boca al suelo revolviéndose en ágil finta antes de llegar a tierra y le dio una vez al gatillo llevándose fuera del alcance de la india el arma que ella trataba de dominar.

En pie de un brinco se plantó delante de Laura, cruzándole la jeta con un doble juego de bofetadas.

—¡Basta ya, mona! Voy en serio, ¿te enteras? Otra bobada y te meto un plomo en los sesos. ¿Estamos?

—Cerdo...

Le dio en la boca sin contemplaciones.

—¡Ah...!

—¿Ya sabe Cheroquee los numeritos porno que te montas con ahí... —señaló con la punta del revólver a la del bate, que se estaba recuperando a duras penas—, con la campeona de béisbol?

—Te cueles, primo. Estábamos ensayando el número que

representamos seis días a la semana en Smoke White...

—Ya. Como tengo cara y maneras de gilipolla, me lo creo. Hablemos de Cherokee, que es lo que me interesa.

Los pechos de Laura apenas contenidos por un breve sujetador subían y bajaban veloz, tentadoramente, a causa de su agitada respiración. También eran breves, sugerentes, excitantes y hasta perfumadas, aquellas suaves y menudas braguitas que escondían su intimidad.

Por un momento pareció dispuesta a jugar la baza de sus encantos y su mínima y excitante indumentaria, pero la fría, profesional mirada del rubio, la convenció de lo contrario.

—¿Quién eres y con qué derecho asaltas mi casa para coserme a preguntas?

Metió la zurda en el bolsillo y sacó la cartera negra de piel, agitándola en el aire para que quedase al descubierto el lateral donde estaba cosida su placa.

—Poli... —masculló con desprecio la mujer de evidentes rasgos faciales indios—. ¡No tienes derecho a entrar así en mi casa por muy poli que seas!

—Te voy a tocar la cara otra vez, prenda.

—Hazlo..., *hazlo* —rugió la compañera, empezando a recuperarse—, ¡y te arrancaré los ojos, policía de mierda!

—Si das un paso más, doy yo media vuelta y te meto una bala entre las tetas, sucia inmoral. ¡Y hablo en serio!

—Obedécele —aconsejó Laura—. Es muy capaz de hacerlo. El rubio es muy valiente con las mujeres. Es muy policía, es muy...

—Dilo y te parto la boca, puerca india. Tú eres una prostituta, una lesbiana y una golfa, pero yo no lo ando pregonando, entre otras razones porque me la trae muy floja, ¿estamos? He venido para hablar de Cherokee...

—Por mí como si está muerto —escupió Laura—. ¡Ojalá estuviera muerto!

—¿Desde cuándo piensas así de él?

—Desde hace más de un mes. Desde el mismo día en que lo mandé a la mierda...

—¿Por ésta? —indicó Trevor a la que le había recibido con el bate de béisbol.

Laura hizo como que no había captado la evidente, clarísima

insinuación. Y dijo:

—Porque estoy harta de chulos y de violentos.

—¿Qué se trae el indio entre manos con un tal Nick Winger?

—Ni puta idea.

—Pero sí sabrás dónde suele parar porque en más de una ocasión habrás estado con él allí, ¿no?

Movió en sentido negativo su cobriza, brillante y larga melena.

—No.

—Se me están hinchando, Nube sin Memoria.

—¡Te digo la verdad! —se desesperó ella—. Desde que nos liamos, Cheroquee John vino siempre aquí. Siempre hemos estado juntos aquí. Hemos hecho el amor aquí. Ni tan siquiera pisamos juntos un *meublé*... ¿Por qué no te abres ya, poli?

La miró con largueza. En profundidad. Sintiendo desprecio y al mismo tiempo lástima por ella.

—O. K., golfa. Me abro. Me abro... porque las dos, en realidad, me dais vómito. Me abro... pero sabiendo que no me has dicho la verdad, todo lo que sabes, que no quieres soltar prenda. Sabiendo que proteges a ese hijo perra. Y por todo eso es muy probable que volvamos a vernos y entonces lo pasarás bastante peor que ahora. Si Cheroquee sigue por ahí, peligrosamente libre, cometiendo canalladas y asesinatos gracias a tu complicidad, a tu silencio, te juro que vas a lamentar haber nacido... *india*.

Y así, sin más, se largó por donde había entrado.

Convencido y consciente de que Laura sabía el paradero de Cheroquee. Y lo que era más, que seguía, pese al intervencionismo de la diosa Lesbos con bate de béisbol, liada con el indio.

Convencido de que había que vigilar estrechamente a Laura para llegar hasta Cheroquee.

De eso se iba a encargar Peter Hagerty. Que tenía cara de buen chico y no era fácil, con sus maneras y formas, de que lo asociaran con la policía.

Y convencido también, por último, seguro más que convencido, de que los asesinos de tres funcionarios de prisiones, dos policías, Keith Kruger... ¡y vete a saber cuántos más!, campaban tranquilos por las calles de Nueva York.

Para peligro de la gente honrada. Y de los polis que trataban de cumplir honestamente su cometido.

—¡Bah... —exclamó, desabrido consigo mismo—, porquería!

CAPÍTULO VI

Trevor Conrad, acodado en la barra del *snack*, metida la rubia cabeza entre ambas manos como si se hallara en un profundo abismo de meditaciones, estiró, de pronto, súbitamente, la zurda, atrapando una de las muñecas de la camarera que cruzaba trente a él entonces y atrayéndola hacia sí, desgranó:

—Llevo casi media hora aquí y tú ni puto caso, ¿eh? A la chica se le iluminaron sus preciosas, enormes y redondotas pupilas azabache, al clavarlas en la faz como deteriorada, abatida al menos por su expresión, de Trevor Conrad. Pero fue consecuente con sus propios principios y decisiones, al decir. —Tú y yo, recuérdalo, sólo tenemos un único tema de conversación.

—Por eso he venido, morena...

Meryl Young pegó un respingo. Luego estiró ambos brazos para rodear la nuca del rubio con las dos manos y tirar de él adelante para besarle sonoramente en la boca.

¡Muuuá!

Ante el asombro de propios y extraños. De clientes y compañeras de trabajo. Repitió, con estridencia:

¡Muuuuuuá!

Parecía regodearse de la sorpresa que su efusividad con Trevor causaba en los demás. Estaba satisfecha de que todos fueran testigos de cómo le besaba, de cómo saboreaba los labios del apuesto poli de ojos azules. Tras el segundo, prolongado y espectacular morreo, Meryl, mirando a unos y otros con desparpajo, casi desafiante, exclamó:

—¡Éste es el fulano que se va a casar conmigo! Qué os parece, ¿eh? A que es un monumento de tío, ¿vale?

—¿No crees que te estás pasando, reina? —preguntó, enrojecidas

las mejillas, como muy avergonzado él, Trevor.

Una compañera de ella, exclamó en aquel instante:

—¡Felicidades, Meryl! ¡Ya lo creo que es todo un ejemplar! Si en la cama se porta bien... ¡cómo te envicio, chica!

—¡Ca! ¿Pasarme dices, ton tomón? ¡Nada de eso, hombre! Que se enteren todos y *todas* de que he tenido el salero suficiente para atrapar un tío como tú.

—Nena, por favor... estoy deprimido.

—¡Ah! ¿Es por eso que has decidido hablarme de matrimonio?

—Meryl, Meryl... ¿es que no quieres entender? Tengo problemas. Un par de criminales sanguinarios que han asesinado dos policías en mis narices, campan por ahí con pistolas y cuchillos dispuestos a aterrorizar la ciudad. Es importante hablar de ello con alguien que precisamente no esté vinculado de una forma directa con el servicio. Un policía necesita tener alguien con quien... Verás, Meryl, hay cosas que a mí me cuesta mucho decir porque quizá no las he pronunciado nunca...

—Inténtalo —le animó ella, con su boca muy cerca, terquísima de los carnosos labios de Trevor.

—Bueno... —Se pasó una mano por el cuello abriendo al máximo el de la camisa—, tengo muy claro que no puedo vivir sin ti. Que te necesito. Que un policía, como te he dicho antes, necesita... ¡necesita una esposa!

—¡Oh, Trevor... *Trevor*! ¡Te adoro! ¡Estoy loca..., loca por ti!

Y tras su delirante euforia, Meryl Young volvió a atraer la nuca de Trevor hacia ella y sus labios más que besar, se estrellaron, se adhirieron a la boca de Conrad en la que permanecieron presos, impresos, hasta que la necesidad de aire en sus pulmones le hizo desistir de prolongar aquel beso apasionado.

—Te has vuelto loca, nena.

—Por ti... ¿No has oído... ¡uf, estoy sin aire!... no has oído que acabo de decírtelo? Una mujer gorda y alta con cara hombruna y ademanes de capitán general con mando en plaza, se plantó por dentro del mostrador junto a la camarera, sujetándola por un hombro y diciendo:

—Tu comportamiento en público raya la obscenidad, Meryl Young. Además, aquí se viene a trabajar y no a darse el filete con el primer...

—No es el «primer» en el sentido que usted lo dice, señorita Hamilton. Es mi primer hombre y será el último porque vamos a casarnos.

—¡Ah! —Miró al rubio que le devolvía una mirada burlona, cómica—. ¿Es cierto eso, señor...?

—Conrad. Trevor Conrad para servirla, señorita Hamilton. Es cierto... En cuanto acabe el trabajo que tengo entre manos convertiré a esta muñeca de pelo negro en mi esposa.

—¡Ah! —Y se alejó. Murmurando—: Qué suerte tienen algunas...

—Qué es eso de terminar un trabajo, ¿eh?

—Los dos asesinos sanguinarios de que te he hablado. He de solucionar primero ese problema. Luego, dispondré de todo el tiempo del mundo para pasar por el juzgado y meterme una semana enterita en la cama contigo.

Iba Meryl a objetar algo pero un muchacho se acodó junto a Conrad, diciendo:

—Hola, poli.

—Hola, aprendiz. ¿Qué te cuentas?

—Sylvester Thomas está todavía en duda...

—¿En duda sobre qué, Hagerty?

—Sobre quién fue su padre.

—Ha conocido tantos que se hacían pasar por su padre que es lógico que esté confuso, sí... Al grano, pequeño.

—Luego de haberle insinuado que yo era menos violento que tú casi he tenido que demostrarle que lo podía ser más. Me ha dicho que tengo unos ojos muy bonitos... ¿es eso verdad, Trevor?

—Tú estás de mucho cachondeo, ¿eh?

—Eh. Le he tenido que meter el puño en la boca... por adulaciones inmerecidas a un funcionario de la Brigada de Homicidios. Pero... ¡Ah! Aquello que tú querías que le preguntara, ¿no?

—Se me dilatan como globos Mongolfier, niño.

—Sylvester. —Peter Hagerty gozaba despertando las iras de su compañero Conrad y gozaba también porque trabajar con él le hacía sentirse más..., más importante, más policía— está de vuelta. No quiere comprometerse. Pero me ha dicho que si queremos saber con exactitud por qué se ha fugado Nick Winger de la Granja y lo

que hizo en compañía de Bates, Kruger y Bonito Malcolm, que se lo preguntemos a Kevin Francis Mariner. —Peter hizo una pausa y mirando a los ojos de su colega, inquirió—: ¿Quién es Kevin Francis Mariner?

—¿De veras no has oído hablar de él?

—¿Vas a tomar algo, muchacho? —intervino Meryl, que seguía atenta la conversación. Peter la miró.

—¿Es tu chica, Trevor?

—Mi futura esposa, sí.

—Ponme un cubata entonces, preciosa. Sí. —Hagerty volvió a encararse con Conrad—, me suena el nombre. Kevin Francis Mariner...

—Un mafioso que va por libre. Proteccionismo, yerba, prostitución, apuestas clandestinas. Los de la Cosa Nostra no se meten con él porque Kevin colabora en todo lo que es necesario. Chivatazos, un porcentaje de sus ganancias, etc. etc.

—¿Y qué puede saber él acerca de Nick Winger y Cherokee?

Llegó Meryl con el cuba libre depositando el vaso frente a Peter.

—Cuando Sylvester lo dice... —apuntó Trevor moviendo la cabeza. Soltando de repente—: Apura el cubata que nos largamos, aprendiz. —¿Adónde?— inquirió, terminando el primer trago.

—A visitar al señor Mariner.

—¡Eh, pero...! —Peter le echó una ojeada al reloj. ¿Sabes qué hora es? Cerca de las dos de la madrugada.

—Precisamente por eso.

—No te entiendo...

—Kevin Francis Mariner, todas las noches, a partir de esta hora más o menos, se da al orgasmo con una primera *vedette* de tos escenarios de Broadway. Una despampanante rubia platino que se llama Sissy Taylor y que, según ella, ha interpretado a Shakespeare.

—De todas formas no me parece lícito...

—Nadie te ha preguntado tu opinión, aprendiz. Hay muchas cosas en la vida que no son lícitas y se hacen. Suceden... ¡Andando, muchachito!

—¡Trevor...! —exclamó ella.

—¿Sí, pequeña?

—¿Cuándo nos veremos?

—Media hora antes de casarnos.

—¡Eh, Trevor! ¡Trevor! ¡Espera...!

Ya salía del *snack* acompañado de Peter Hagerty.

CAPÍTULO VII

—Hola, Douglas. Buenas noches. Pasando el rato, ¿eh?

George Douglas, un tipo de considerable envergadura física que parecía estar montando guardia en los aledaños del jardín de la modernísima residencia aunque con visos arquitectónicos colonialistas que se ubicaba en el 1342 de Riverside Drive, alto Manhattan, zona residencial, donde vivía la gente con pasta larga de Nueva York, se quedó muy mosca al ver y oír a Trevor Conrad.

—¿Qué pasa, policía?

—Éste es mi colega Hagerty. Y éste, Peter, es un chorizo de la peor ralea al que tenemos fichado por disparidad de delitos. Su trayecto dentro del mundillo del hampa es variopinto... empezó de raterillo, fue espadista, se metió en un banco a pedir un préstamo con la ferretería por delante lo que le valió seis años de talego. Ha sido macarra de chavalas bien puestas y actualmente va de gatillero a las órdenes de Eddie Cufefi y al servicio del ilustre Kevin Francis Mariner. ¿He olvidado algo, Douglas?

—Pagué en su día mis cuentas con la sociedad, Trevor. Eso de que voy de gatillero son apreciaciones tuyas, apreciaciones gratuitas, que no puedes probar. Y por las que yo podría querrellarme contra ti.

El rubio hizo chasquear los dedos corazón y pulgar de la diestra ante el rostro del otro.

—¡Eh, eh, Douglas! Que están hablando conmigo, con Trevor Conrad... Si tienes huevos queréllate conmigo y verás como luego te meto en un calabozo del Precinto y te piso los riñones y el hígado.

—Eres un chulo...

Le clavó los nudillos de la zurda en el estómago y Douglas se

agachó.

—Estás faltándole el respeto a un representante de la ley, basura.

—¡Vale, vale...!

—Despierta al señor Mariner, basura. Quiero dialogar con él.

George Douglas abrió mucho los ojos. Como naranjas.

—¡Pero...! ¿Te has vuelto loco, Trevor? ¿Despertarlo ahora? ¡Es que...! Oye, por favor, ¿por qué no esperas a mañana? Si me acerco a la puerta de su habitación, ahora, me echará a los perros. Te lo suplico, policía, no me busques la ruina.

—¿Prefieres que lo despierte yo, George?

—¡No...!

Un tipo se acercó hasta ellos, desde la oscuridad y vegetación del jardín. Echando una despectiva mirada a Trevor Y Peter, preguntó:

—¿Qué les pasa a éstos, Douglas?

—¿Éstos... somos nosotros, amigo?

El fulano hizo ademán de llevar los dedos de la diestra a la funda que debajo de su axila contenía y sostenía el pistolón.

—¡Quieto, Oliver, quieto!

El aviso de George Douglas a su compañero llegó con demora. Porque el canto de la zurda de Trevor se había estrellado ya en el flato de Oliver cortándole la respiración y el puño diestro del policía había encontrado después la boca del matón despatarrándolo de espaldas, echando sangre por sus morros porcinos, sobre la gravilla del jardín.

Trevor entonces saltó sobre él poniéndole un pie encima del tórax y apretando de forma asfixiante.

Le instó:

—Con mucho cuidado, pistolero... con sumo e infinito cuidado, con la yema de los dedos, pistolero... saca el arma y tirla al rincón más lejano y oscuro del jardín, ¿eh?

Obedeció.

—¡Tú, Douglas! —gritó Conrad después—. ¿A qué esperas?

—¡Te juro que me las pagarás, poli!

—Otra amenaza y te parto la cara, Douglas. Y estoy hablando muy en serio, ¿hace?

—Tú ganas.

Caminaron por el sendero de arena y gravilla que serpenteaba por entre los setos, cuadros de flores y césped, entre los arbustos lujuriantes de frondosos penachos verdes que de día le daban color y sabor a la construcción, rodeándola, eliminando la polución contaminante que los cientos de miles de tubos de escape y fábricas vertían sobre el ámbito de Nueva York...

Unos peldaños marmóreos con barras doradas al fondo de cada uno para dominar la alfombra cuando ésta se utilizaba, la puerta y el zumbador.

George Douglas encomendándose a todos los santos, lo hizo sonar.

Alguien estaba muy pendiente del tinglado porque la puerta se abrió, prácticamente, de inmediato.

El tipo empuñaba una pavonada *Parabellum*.

Trevor, fulgurante, golpeó la muñeca armada y el negro instrumento se fue sobre las baldosas, tintineando, lo mismo que el tipo que segundos antes la empuñaba y al que Conrad acababa de obsequiar con un demoledor rodillazo en los colgantes. Se retorció en tierra protegiéndose la parte castigada.

—¡Aaaaaaag!

—Coge esa pistola, Hagerty.

Obedeció el chaval y los tres se encaminaron a la enorme escalinata semicaracol que ascendía al piso superior, al piso muellemente alfombrado, por el que avanzaron hasta que Douglas se detuvo frente a una enorme puerta de madera tallada.

—Es aquí.

—Llama educadamente para no sobresaltar a los lascivos durmientes. Y anúncianos educadamente.

George Douglas sudaba copiosa, grasientamente.

Llamó.

Nada. Silencio.

Pasaron como tres minutos.

—Insiste —le apremió Conrad.

—Me estás hundiendo, Trevor.

—Insiste o te crujo y luego salto la puerta con goznes y todo, ¿eh?

Dio fuerte con los nudillos sobre la madera labrada.

Un respingo llegó, muy amortiguado, desde el interior.

Después una imprecación.

Por último una pregunta. Nerviosa pregunta.

—¿Quién es...? ¿Qué...? ¡Qué diablos, pasa ahí afuera!

—Soy yo, señor Mariner. George Douglas...

—¡Douglas! —bramó una voz masculina al otro lado de la madera—. ¡Douglas de todos los diablos! ¿Qué mierda quieres a estas horas?

—Hay aquí dos policías de la Brigada de Homicidios que insisten en verle, señor Mariner. Unos segundos de suspenso.

—¿Policías? —Había sorpresa, casi estupor en el interrogante—. ¿Qué coño quiere la policía de mí? ¡Que se vayan al carajo! ¡No tengo nada que ver con la policía!

—Tú ya puedes largarte, Douglas. Has cumplido...

—¡Trevor, por Dios! Me hundes, me hundes...

—Apártate, muchacho.

Le dio con el codo para que se hiciese a un lado y después, con ambos pies por delante, flexionando las piernas, se catapultó contra la puerta como no lo hubiera hecho mejor un extra de Hollywood.

¡Crrrrrrrask!

Cayó de pie sobre la alfombra que cubría el suelo del sofisticado dormitorio.

La rubia platino largó un gritito al tiempo que tiraba del embozo de la cama para cubrir sus senos exhaustivos, sus senos firmes y desnudos.

—Hola, Kevin Francis Mariner. ¿Te acuerdas de mí?

Kevin F. Mariner estaba ridículo en grado superlativo. Todo lo ridículo que está un hombre en pelotas, a caballo sobre la colcha y con unos calcetines de ejecutivo por toda indumentaria.

Rojo de ira, de rabia, de frustración y de mil cosas más, saltó sobre el cercano biombo para atrapar la bata de seda que colgaba de él, embutiéndose dentro de ella.

—Soy Trevor Conrad... aquel chico que tiene placa de policía y que corre por la vida intentando que los cerdos como tú se aparten lo menos posible de la ley. Aunque a veces no tengo todo el éxito que me merezco, no... Mientras tú estés fuera de la cárcel tengo que considerarme, por bemoles, un fracasado.

—Te arrepentirás de esto, Trevor. ¡Lo juro!

—Estoy cansado de que los hampones me amenacen, Kevin

Francis Mariner... —Y saltó sobre él con espectacular brinco cosidiéndole las mejillas a bofetadas. Preguntando—: ¿Mejor así, mafioso? ¿Más tranquilo? ¿O sigo?

Se palpó las candentes mejillas. Y mordiendo todo el odio que anidaba dentro de sí, preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿Hablamos aquí mismo? ¿Delante de la hermosa y despelotada dama?

—¡Estoy cubierta, estúpido!

—Trágate la lengua, arpía. Como vuelvas a meter baza subo a la cama y te pongo a gusto. Pero no como tú desearías... —Miró al tipo del batín, susurrando—: Kevin, no tengo tiempo que perder, ¿sabes?

Asintió engullendo saliva.

—Pregunta.

—Nick Winger se ha fugado de la trena, estaba en rehabilitación... ¿no te parece una ironía?

—Sí. Tendría que estar muerto.

—O. K. Por una vez y sin que siente precedente, coincidimos. A Nick lo metieron en el talego por un chivatazo, lo mismo que a Bonito Malcolm. Alguien tenía un enorme interés por apartarlos temporalmente de la circulación. ¿Tú...?

—No. Al contrario. Los necesitaba en la calle.

—¿Por la putada que te hicieron...?

—Por eso.

—Háblame de eso.

—Son cosas nuestras, Trevor. De orden interno.

Conrad, avanzó, amenazador de nuevo.

—¡Mierda, Kevin Francis Mariner! —gritó—. ¡No hay orden interno que valga! Winger se ha largado del talego matando a tres vigilantes para aterrizar aquí y llevarse por delante dos compañeros míos. Nick Winger es una bestia sanguinaria, un loco homicida, pero a pesar de ello estoy seguro de que en otras circunstancias se lo hubiera pensado dos, hasta tres veces, antes de apretar el gatillo contra una pareja de polis. Nick Winger está jugando muy fuerte porque busca algo... y tú sabes lo que es ese *algo*. Te escucho, mafioso.

—Busca un millón doscientos mil dólares.

Trevor Conrad parpadeó. No le sorprendía el hecho de que hubiera dinero de por medio, lo cual ya sospechaba, pero sí la cantidad.

—Es mucha pasta, ¿no?

—Es. Se la robaron a Jaime Lee García, el portorriqueño... Le conoces, ¿no? Era la recaudación semanal de las apuestas clandestinas. Me dejarás tranquilo y al margen si colaboro, ¿no Trevor?

—Me lo pensaré, mafioso. Sigue, ¿qué pasó con James?

—Le pegaron una paliza de muerte dentro de su propia casa cuando estaba haciendo paquetes con los billetes para ingresarlos por la mañana en los bancos con los que trabajamos... Y se cargaron a Dustin Ross que le protegía. Fue obra de Winger, Kruger, Bates y el negro. Lo supimos en seguida.

—Ross apareció flotando en el Hudson...

—Mis hombres lo tiraron al río. No nos interesaba que se le conectara con lo sucedido porque el robo, oficialmente, no iba a existir. Si vosotros os metáis de por medio, jodida. Ésa es la verdad, Trevor.

—Te creo... aunque no sé si porque es verdad como dices o porque necesito creérmelo.

Tras el silencio que se hizo entrambos, inquirió el rubio:

—¿Se han cargado tus pistoleros a Keith Kruger?

—¡Ni borrachos! —exclamó Kevin F. Mariner, ciñéndose nerviosamente el cinto del batín—. Los necesitábamos vivos a todos, ¿comprendes? Y les teníamos vigilados a media distancia. Un día u otro se les romperán los nervios y darán un paso hacia el lugar donde han escondido tos billetes. Además, según parece, se están fastidiando entre ellos. Los chivatazos que dieron con los huesos del negro y de Winger en el talego, la brutal muerte de Kruger...

—Descartados tus pistoleros, eso ha sido obra de Cherokeee.

—Lo suponía. Anda de pareja con Winger. ¿Qué más quieres, Trevor? Y cuento con tu palabra de que me dejarás al margen de todo esto...

—No te he prometido nada, rufián. Lo que sí quiero es que tus hombres se aparten por completo de los vigilados. Y ahora sólo les debe quedar Sean Bates, ¿no?

—Sí...

—¿Dónde lo tenéis ubicado?

—En una pensión que se llama Flor de Lys.

—El tugurio donde para su chavala, ¿no?

—Sí... —afirmó Kevin F. Mariner.

—Retírale la vigilancia. Apártate de todo esto... Si me tropiezo uno de tus pistoleros metido en el ajo, te juro que te siento en el despacho del fiscal del distrito con pruebas suficientes para que te empapele por una larga temporada.

—Trato.

—Yo no hago tratos con gentuza como tú, Mariner.

Y dio media vuelta, le brindó su ancha espalda despectiva, hasta temerariamente, saliendo al pasillo.

—¡Nos vamos, Hagerty!

Fuera ya de la señorial residencia, caminando a la altura de Marcus Garvey Park, silencioso, oscuro y solitario a aquellas horas, confesó Peter a su compañero:

—Tienes un estilo inimitable, Trevor.

—Piensa que no estoy excesivamente orgulloso de ello. Y piensa también que no es prudente ni beneficioso imitar a los demás, incorporar a nuestra forma de hacer estilos que no son los nuestros, que no nos van. Cada cual debe ser él por sí mismo, nunca en función de costumbres ajenas. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Pienso que sí.

—Puedes llegar a ser un gran policía actuando de manera opuesta a como yo lo hago, Peter Hagerty. Son los resultados los que cuentan, sí... pero hay quien está pendiente de nuestras evoluciones, de nuestro *modus operandi* que dicen los del hampa. Limitate a ser Peter Hagerty y triunfarás.

—Lo intentaré. ¿Y ahora? ¿Cómo vamos en el asunto?

—Mejorando, chaval.

—¿Lo crees así, Trevor?

Lo miró, sonriente.

—¡Por supuesto! Tenemos dos posibles pistas, Hagerty. La una surgirá de vigilar estrechamente a Laura...

—La chavala de Cherokee, ¿no? —Vio el cabezazo de asentimiento de su rubio compañero, preguntando seguidamente—: ¿Cómo te ha ido con ella?

Se lo explicó. Prosiguiendo luego:

—Tú te vas a encargar de vigilarla desde primera hora de esta mañana, luego que hayas descansado un par de ellas. Estrechamente he dicho, ¿recuerdas? Hay un tugurio frente al número 106 de la

92 St.,

en Greenwich, una porquería llamada Martins donde te ofrecerán más de un «porro» y algún que otro sobrecito de «nieve». El de la barra tiene por nombre Imanol... le dices quién eres y que trabajas conmigo. Es de toda confianza.

Imanol tiene un teléfono privado al que yo te llamaré, aproximadamente, cada hora. O Cherokee asomará por allí o Laura saldrá, al fin, en busca de él. Si ella mueve el culo del chamizo la sigues... y actúas según te aconsejen las circunstancias, ¿de acuerdo?

—O. K. ¿Cuál es la otra pista, Trevor?

—Ésa me la va a facilitar el negro en cuanto amanezca...

—¿Bonito Malcolm?

—Bonito Malcolm, sí.

—¿Vas a interrogarle de nuevo?

—Por supuesto. Hasta que me diga dónde está escondido el millón doscientos mil.

—¿Crees que lo sabe?

—¡Digo, si lo sabe! Los billetes debió esconderlos él. Mejor dicho, los cambió de sitio.

Peter Hagerty estaba desconcertado, sorprendido:

—¿Por qué dices que los cambió de lugar?

—Porque de no ser así, Nick Winger habría ido directamente por el dinero largándose a continuación sin meterse en más berenjenales de sangre. Puede que aparte del negro, sólo Sean Bates sepa el escondrijo.

—¡Hombre! Ahora que lo nombras... ¿No piensas que nos hemos desentendido de Sean?

—Es imposible vigilarlos a todos, aprendiz. Y no tengo el menor deseo de que Martin Fitzgerald Montgomery asigne más gente a este caso. ¿Está claro, muchachito?

—Diáfano.

—Bien. Pues ha llegado el momento de que descanses ese par de horas que te decía, ¿eh?

—Se me cierran los párpados, sí...

—No te acicales demasiado para meterte en el Greenwich mañana, ¿oyes?

—Tengo un tejano de pana, un jersey grueso verde medio deshilachado y unas zapatillas de baloncesto gastadas que me vendrán de perilla.

—O. K. Suerte. No olvides que te llamaré cada hora.

Peter Hagerty cerró el puño derecho dejando solo el pulgar arriba, alzándolo en señal de triunfo, y dijo:

—Todo saldrá bien, Trevor. Descuida...

Se separaron tomando cada uno un taxi en dirección distinta.

Conrad rechazó la idea de pasarse por el Precinto a recoger su descapotable y destartalado Buick.

Lo más importante, ahora, era dormir.

CAPÍTULO VIII

El funcionario de prisiones repitió, prácticamente, las mismas palabras que la vez anterior:

—¿Quiere que me quede con usted, Conrad?

Y el policía, también respondió de manera muy similar:

—No, amigo, gracias. El Bonito y yo no pensamos tener problemas. ¿Verdad, Bonito?

¡Anda, díselo al jefe Kramer para que se marche tranquilo!

—No habrá problemas, jefe Kramer.

—Como quiera, Conrad. Llámeme cuando esté listo.

—O. K.

Después comenzó el policía a dar paseos, en círculo, silenciosamente, por la enrejada estancia.

Se detuvo, de pronto, girando hasta encararse con el recluso.

Cerrando con fuerza, despacio, ostensiblemente, el puño diestro, golpeó con él la cuenca de la otra mano. De manera audible, sonora.

Agachó aquella testa de rubias, doradas hebras, que parecían flotar a ambos lados cuando Trevor Conrad caminaba, como no queriendo mirar a la cara del otro y mientras seguía golpeándose la palma de la zurda, musitó:

—No pretendo hacer chistes malos ni ser gracioso... pero lo tienes muy negro conmigo, *negro*.

Bonito Malcolm estaba, evidentemente, preocupado. Nervioso. Sabía que el regreso de Conrad no se debía a nada bueno..., nada bueno que hiciese referencia a él, claro.

—No entiendo lo que quiere decirme, Trevor.

—¿Te gustaría que te desfigurase esa caía de betún que tienes por cara y que les hace tilín a las mujeres?

—¿Por qué siempre anda amenazando a la gente?

—Porque si no lo hiciera así y porque si no cumpliera esas amenazas cuando mis contertulios adoptan cónicas y reaccionarias posturas, me pasaría la vida sin comerme un rosco. ¿Verdad que lo entiendes, Bonito? Porque con gentuza como tú, está claro que no se puede intentar el diálogo de manera coherente. ¿Verdad que tú sabes eso, negro?

—Algo de razón tiene, policía. ¿Si al menos me dice lo que quiere?

—¿Dónde escondiste el dinero?

Malcolm Landon logró un gesto de sorpresa en sus facciones brillantadas que hubiera pasado por genuino frente a otro que no estuviera al cabo de la calle como Trevor, ante otro al que no le hubieran salido los dientes profesionales tratando gente como él que era el caso de Trevor...

—¿A qué dinero se refiere?

Trevor Conrad, con una calma poco habitual en él, con una flema impropia de sus poco ortodoxos y agresivos procedimientos de costumbre, siguió, reiterante, machacón, golpeando con el puño derecho la cuenca zurda.

—Al que le robasteis a un corredor de apuestas clandestinas que se llama Jaime Lee García después de propinarle la paliza del siglo y de liquidar a Dustin Ross, su guardaespaldas. Si mis informes son correctos... que lo son, negro, el botín asciende a la irrisoria cantidad de un millón doscientos mil dólares. Y ahora, como ya has visto que estoy enterado de todo, que lo sé todo, por qué no te evitas que te estropeeé tu bonita jeta de chocolate contándome con detalle dónde has guardado la tela marinera, ¿eh?

—Pienso... Me parece que le han informado mal, Trevor. No tengo la menor idea de...

—¡Joder que eres terco, negro!

Y dejó de golpear la palma de una mano con los nudillos de la otra. Y comenzó a abrir y cerrar la derecha.

—¡Oiga, oiga...! La gente hablando se...

—Contigo no se entiende ni Dios, negro.

Malcolm Landon tuvo la sensación, de súbito, que le acababan de meter la boca del estómago en la espalda a modo de joroba.

Fue una sensación muy extraña, sí, pero sobre todo

terriblemente dolorosa.

Porque cuando se quedaba sin una brizna de aire en los pulmones y se apretaba ambas manos en donde había tenido antes la boca del estómago, un gancho terrible, demoledor, le cazó la barbilla al boquear alzándolo más de dos palmos del suelo para llevarle a estrellar las costillas contra la pared, con lo cual, pareció que el estómago recuperaba su postura de origen.

Trevor Conrad le había seguido, dispuesto a machacarle, encerrándole entre el frío cemento y sus puños demoledores, violentos.

—Te voy a dejar hecho un guiñapo... —jadeaba, excitado, presto a golpear sin miramientos.

Bonito Malcolm alzó, dificultosamente, una mano.

—Vale... De acuerdo. Te diré dónde está la pasta pero no me golpees más.

—Nada de familiaridades, negro. Recuerda lo que te dije ayer, ¿eh? Me llamo señor Conrad, y de usted. Sentadas estas premisas que espero no olvides, vayamos al grano. ¿Qué ocurre con la pasta, Landon?

—La cambié la misma tarde que por el chivatazo «colocaron» a Nick. Me dio en los morros que alguien trataba de jugárnosla. Llamé a Sam y nos fuimos a buscar mi coche en el *parking* donde lo habíamos dejado momentáneamente...

—¿Me estás diciendo que dejasteis la pasta en tu coche y éste abandonado en un aparcamiento?

—En un aparcamiento, sí... abandonado, ni hablar. Dos de los tipos que hacen tumos en ese *parking* son muy amigueteos míos. Aunque ellos no tenían ni pajolera idea de que en el maletero de mi auto había un millón doscientos mil dólares. Me entró un mosqueo grande cuando trincaron a Nick y rápidamente cambié la pasta de lugar.

—¿Dónde?

—En un autoservicio del Bronx donde admiten vehículos a pupilaje por largas temporadas. También tengo un amigo allí... Movilservice se llama Está en Williamsbridge Road esquina a Neill Avenue. Tiene entrada por ambas calles.

—Si te estás quedando conmigo, Malcolm, vuelvo y te asesino, ¿lo tienes claro?

—Tenía sólo dos opciones, *señor* Conrad. Mantener el pico cerrado o decirle la verdad.

¿No le sugiere su fina intuición policial que es cierto lo que acabo de contarle?

—Puede... ¿Por qué no os repartisteis la tela al momento?

—Creí que había entendido eso, Trevor. Hay tipos que con billetes en la mano se convierten en un peligro... Alcohol, chicas, yerba... En el hampa nada pasa por alto a los profesionales y estábamos en la inteligencia de que la gente de Mariner nos «marcaría» implacablemente. Aunque llevábamos medias en la cara cabía algo más que la posibilidad de que García nos hubiera reconocido. Teníamos que haberlo liquidado, como al otro... Pero las cosas habrían sido igual. Mientras no moviéramos un dedo y no hiciésemos exhibicionismos monetarios, Kevin Francis Mariner no se atrevería a dictar nuestra sentencia. Muertos nosotros, ¡adiós billetes! Convinimos en que había de pasar un año. Entonces repartiríamos y cada cual se perdería hacia un punto distinto del mapa, cuanto más lejos de Nueva York, mejor. La «coloqueta» a Nick Winger me hizo mover las cachas rápido cambiando el escondrijo de la tela. Luego, ¡ya ve!, fueron por mí también.

—¿Quién?

—Ahora estoy seguro de que fue Kruger.

—Si te sirve de consuelo, Cheroquee le ha cortado el gaznate.

—Me sirve, me sirve...

—¿Quién tiene la boleta para recoger tu coche?

—Sean Bates.

—¡Maldita sea! Ésta sí que no me la...

—Tranquilo, policía, tranquilo. —Malcolm le mostró sus palmas blanquecinas, como de un negro descolorido. Añadiendo—: Hoy es domingo... aunque usted no parece respetar el descanso dominical. Movilservice cierra los viernes por la noche y no abre hasta los lunes a las ocho de la mañana...

—Pero cabe la posibilidad de que Bates, asustado por la fuga de Winger y sabiendo de lo que es capaz, haya sacado el dinero y...

—Sí... Es una posibilidad, desde luego —sonrió, burlón por primera vez Bonito Malcolm—. Claro que lo es. Pero... para que están ustedes los policías, ¿eh?

Se fue recto al negro pero se detuvo segundos antes de consumir

la violencia.

—No vale la pena... —musitó, como si hablara consigo mismo. Y siguió diciéndose—: Lo que sí tengo clarísimo es que no voy a esperar hasta las ocho de mañana... Negro, ¿me estás escuchando?

—O. K. —asintió el de color.

—¿Cómo es tu auto?

—Amarillo chillón...

—¿Marca?

—Volkswagen...

—Te hacía más patriota, negro. ¿Cómo se te ocurre comprar coches de importación?

—Fue una verdadera ganga, policía. Me lo dieron por cuatro cuartos.

—¡Ah...! ¿Número de la placa?

—Es de Los Ángeles, California, ¡pero le juro que no me acuerdo del número!

—Aceptémoslo así. De todas formas se me han pasado las ganas de partirme la boca... ¿Cómo se llama tu amiguito? El del Movilservice...

—El no tiene nada que ver... ¡Ah, ya entiendo! —exclamó Bonito como si acabaran de encendérsele luces por todos los rincones del cerebro—. Usted quiere echarle mano a la tela hoy mismo y...

—Quiero comprobar si sigue en el maletero de tu coche, porquería. Y si está, ira de allí directamente a la oficina del juez, ¿lo entiendes?

Se encogió, filosóficamente, de hombros.

—Terence Baxter —dijo, lacónico.

A renglón seguido, Trevor accionó hacia dentro el pulsador rojo que sobresalía en un vértice de la pared.

Ya en la calle se perdió dentro de la primera cabina telefónica que le sale al encuentro. Sirviéndose del dial, claro, señaló un número y tuvo que aguardar hasta que le preguntaron:

—¿Quién llama?

—¿Eres Imanol? —Dio por sentado que sí, diciendo—: Soy Trevor Conrad.

—Lo suponía —aceptó el otro—. ¿Quieres hablar con tu colega?

—Sí...

—Te lo paso.

Y al instante oyó la voz suave de Peter Hagerty, diciendo:

—Todo está bajo control, compañero. La chica se halla en su cubil y no da por ahora señales de movimiento. ¿Cómo te ha ido con Bonito Malcolm?

—Bien. Sé dónde está la pasta.

—¡Jope! ¡Eso es fenómeno!

—Lo será si sigue estando donde me ha dicho el negro. Volveré a llamarte, chaval. No pierdas de vista a esa golfa, ¿eh?

—O. K. Descuida, Trevor.

—Adiós...

CAPÍTULO IX

—Tú eres Terence Baxter, ¿no?

El tipo alto y desgarrado de pelos enhiestos y rojos como una panocha excitada, miró al otro, al que le había preguntado si él era quien era, con escepticismo primero, con suficiencia después y con evidente cabreo para terminar:

—Y tú... ¿de qué te las das, tío?

Le metió la placa en las narices. Casi le hizo una fotocopia de ella incrustándosela en la cara.

—Yo, «inglés», me las doy de ir por el mundo con enormes deseos de partirles la boca a los enteradillos de la vida como tú. ¿Te vas quedando con el rollo, «echao plante»? Quiero que me acompañes. Ahora...

—¡Oiga, oiga! Tengo una chavala ahí adentro con la que me estoy poniendo las botas y no he hecho más que empezar, así que...

—Así que llamas a un amigo de confianza por teléfono y le dices que venga a consolarte la chavala, ¿o. k.? Tú y yo nos vamos, ya, al Molvilservice. Quiero que hoy domingo lo abras para mí. Soy así de caprichoso.

El pelirrojo le entró algo así como un ramalazo de mala leche y tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no insolentarse con el servidor de la ley. Autoritario servidor, que todo hay que decirlo.

—¡Oiga, oiga...! Por más poli que usted...

Lo atrapó de frente por el gáznate sacudiéndolo como si fuera una gallina a un paso de ser desplumada.

El fulano cambió de color. Hasta las pecas que salpicaban su jeta perdieron intensidad lumínica pasando a ser de un pálido muy claro, a un pálido casi cadáver.

—Estoy cansado de escuchar...

«oye-oye»,

¿eh? Y no soy *poli* sino *policía*. Trevor Conrad, del Departamento de Homicidios. Para ti, *señor* Conrad. No me apures la paciencia, no me la apures...

Tragando saliva a borbotones, asintió:

—Vale, vale, vale... Lo que usted diga, *señor* Conrad. Pero si me lo permite...

—No te lo permito.

—He oído decir, con todos mis respetos, que para eso que usted me pide...

—No pido, *exijo*.

—... Hace falta una orden judicial. De todas formas yo estoy dispuesto a colaborar, claro.

—Mira, primo... te voy a contar una cosa por si te vale de algo: estoy metido en la caza y captura de dos repugnantes reptiles sanguinarios que en pocas fechas han cometido, que sepa, seis crímenes. Tres en las personas de funcionarios de prisiones, dos en las de miembros del Departamento de Homicidios, una en la de un hampón barato y asqueroso que hay quien dice que también era un ser humano. Si por no colaborar tú, si por obstruir tú el desenvolvimiento de la justicia, esos hijos de mala madre...

—¡No siga, no siga! —exclamó el pelirrojo levantando el brazo derecho—. ¡Tiene usted toda la razón del mundo! De veras... No se la doy por dársela, no. Se la doy porque la tiene... Me pongo la camisa inmediatamente, ¿eh?

Cuarenta minutos después se encontraban en la esquina formada por Neill Avenue y Williamsbridge Terence Baxter maniobró con la llave en la cerradura de la puerta persiana metálica que daba a Neil Avenue.

Trevor, luego, le ayudó a levantarla.

Detrás un par de compuertas de metal también pintadas de color gris, cuyos tiradores estaban cruzados por una cadena de hierro y ésta trabada en dos de sus eslabones por un sólido y enorme candado.

El pelirrojo se quedó fijo, mirando con gran atención, con nerviosismo también, el candado metalizado en ocre.

—Conrad... —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—Alguien ha tocado este candado.

El policía parpadeó sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo han abierto.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Por la postura, Conrad. Tengo la costumbre, la manía si usted quiere, de cerrarlo de manera que la superficie que queda en lo alto, para afuera, es aquélla en que está grabada la marca del candado. Ve... —Tras abrirlo le dio la vuelta—. Ésta. Donde se leen la W y la J.

—¿Y no puedes equivocarte en alguna ocasión?

—No. Seguro. Fíjese si soy terco que algunas veces, cuando ya estoy en la calle, vuelvo atrás para asegurarme de que todo está en orden. De que he cerrado bien. Que no me he dejado ninguna puerta... ¡incluso le echo una nueva ojeada a la llave del gas!

—Ya... Entremos.

En la primera planta de pupilaje no se encontraba el Volkswagen de color amarillo. —Bajaremos al primer sótano— dijo Terence, que ahora, tras el descubrimiento de la postura, anómala para él del candado, se mostraba más solícito y con mayores deseos de colaborar.

Descendieron al nivel del primer sótano.

—Usted mire por aquel lado, Conrad... —el empleado del Movilservice extendía una mano hacia la derecha.

—O. K.

Uno por cada lado comenzaron a repasar la hilera de vehículos que le correspondía. Hasta que Terence Baxter, de pronto, alarmado, más que eso excitado y con ribetes de angustia en la voz, gritó:

—¡Aquí, Conrad... *aquí!* ¡Y... y hay *sangre en el suelo!* El rubio policía cuyos cabellos todavía flotaban más cuando echaba una carrera como ahora, se plantó al lado de Baxter.

El Volkswagen amarillento, de chillón amarillo, estaba allí.

Y el reguero que desde la juntura del maletero hasta el suelo, hasta debajo del coche, resbalaba pringosamente era rojizo, de un rojo muy chillón también.

Trevor no se lo pensó ni un segundo. Se hizo con el asa del maletero y tiró fuertemente hacia arriba.

Abriéndolo.

—¡Santo cielo! —exclamó Terence Baxter, sintiendo que un nudo le taponaba la garganta impidiéndole respirar—. ¡Es horrible! —Y se tapó la cara con ambas manos. Doblado, apretado, encogido, encajado allí dentro como a golpes y patadas para que cupiese, había un cuerpo. Un cuerpo que transpiraba chorrillos de sangre viva aún, fresca todavía, por los poros artificiales que la punta afilada de una navaja había abierto en él.

Un cuerpo... *¡que no tenía cabeza!*

Porque se la habían cercenado de un brutal, salvaje tajo.

—¡Hijos de puta! —masculló, rabioso, Trevor Conrad, pegándole un sonoro y violento puñetazo a la carrocería del Volkswagen.

Y al instante siguiente se tiró en tierra, se dejó ir como un rayo, apoyándose con la palma de ambas manos sobre el cemento como si se dispusiera a efectuar movimientos gimnásticos, flexiones.

Ladeó su rubia cabeza dejándola ir abajo para poder escudriñar entre la parte baja del auto y el piso.

Estaba allí, sí.

La cabeza del desgraciado con su cuello hecho jirones rociando de sangre el suelo, mezclándose ésta con las manchas de grasa y aceite tan propias en los garajes y talleres mecánicos.

Y el millón doscientos mil, claro, se había volatilizado.

Cuando Trevor volvió a la superficie, Baxter estaba de cara a la pared, en un rincón, vomitando.

Conrad le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, amigo.

—¡Con lo bien que lo estaba pasando yo con la chavala!

—Me hago cargo...

—Tiene idea de quién..., ¿eh?

—Creo que sí, Sean Bates. Y no se te ocurra mirar debajo del Volkswagen porque ahí está la cabeza.

Terence hizo un gran esfuerzo para dominar la arcada que acababa de acometerle violentamente.

—¡Por Dios, Conrad! No vuelva a decirme eso.

—Vamos —lo tomó por un brazo arrastrándolo de allí—. Tengo que llamar al... —¡Eh, Conrad!— exclamó Terence, extendiendo el índice derecho hacia el suelo, justo por la parte interior del neumático trasero izquierdo del Volkswagen. —¡Mire eso! Era como

un chispazo blanco al lado de un círculo de grasa y muy cerca de uno de los canalillos de sangre.

Trevor se agachó a recoger aquel destello blanco, brillante, que resultó ser una cajetilla pequeña, tipo petaca, de fósforos. Estaba muy nueva y saltaba a la vista que era reciente.

—Vaya, vaya... —Silabeó entre dientes.

Leía, al tiempo que murmuraba, la propaganda que en la cajetilla se hacía del establecimiento que la obsequiaba.

S Y M B I O S I S

e r o t i c - g a y

71, Bethune St. Greenwich. N. Y.

—Encima, los de mariconeo —musitó para sí—. ¡Gentuza!

—¿Cómo dice...?

—Nada, nada. No me hagas caso. Esto... —Se pegó una sonora palmada en la frente—. ¡Greenwich Village! ¡La india vive en Greenwich...! ¡Cheroquee, claro!

—¿Qué...? Oiga, Conrad, usted me volverá loco de...

—¡Terence! ¿Hay teléfono aquí, supongo?

—Arriba, en la oficina.

—¡Vamos!

Trevor llamó a sus compañeros de guardia en el Precinto al que correspondía aquella jurisdicción poniéndoles al corriente de lo sucedido y de su necesidad inmediata de ausentarse para proseguir, contra reloj ahora, sus investigaciones.

Lo entendieron, aunque no de muy buena gana. Aceptaron también hacerse cargo ellos mismos de avisar la ambulancia y el forense.

Después tiró de Baxter hasta la calle y le dijo:

—Tú espera aquí hasta que llegue la policía, ¿eh?

—¿Cómo...? ¿Solo? ¡Pero oiga, Conrad...!

—¡Adiós, Baxter! No te diré que ha sido un placer, pero me has ayudado bastante. El pelirrojo estiló los brazos como un pulpo lo hubiera hecho con sus pringosos tentáculos.

—¡Oiga, oiga, Conrad! ¡Espere! ¡No se vaya ahor...!

Ya no le escuchaba porque acababa de meterse, de tomar al

abordaje casi, un taxi que cruzaba libre por las inmediaciones. Terence Baxter dejó caer las manos, abatido.

—¡Pero...! ¿Será posible que esto me esté sucediendo a mí? En domingo... ¡Y Marian sola en la cama! ¡Brrrr!

CAPÍTULO X

—¡Trevor...! ¿Qué haces tú aquí?

—Los hechos avanzan a velocidad de vértigo, los acontecimientos se precipitan como alucinaciones sangrientas, Peter.

—¿Estás loco, Trevor?

—¿Vas a tomar algo, Trevor? —intervino casi al mismo tiempo, Imanol, el barman de aquel tugurio.

—No...

—Qué raro.

—¡Que no estoy loco, le digo a éste! —señaló con el índice metiéndoselo en el pecho al que luda un apolillado jersey grueso, verde, complementado con vaqueros de pana. Y dirigiéndose al que estaba tras la barra, pidió—: Ponme un lingotazo de algo fuerte.

—Al momento.

—¿Qué ha ocurrido, Trevor?

—Le han cortado el cuello a Sean Bates y su cuerpo lo han metido en el maletero del Volkswagen de Malcolm Landon donde, lógicamente, tenían que hallarse los billetes. —¡Que me aspen si te entiendo! ¿Te importaría ser coherente?

Lo fue.

Explicándole a Peter Hagerty, con pelos y señales ahora, lo que había sucedido desde el momento que se personaba en la penitenciaría para interrogar de nuevo a Bonito Malcolm, hasta aquel preciso instante.

—¿Qué te hace suponer que se trata de Sean Bates?

—La lógica, compañero. La más elemental de las lógicas. Entiendo que Winger y Cherokee fueron por Kruger y como no sacaban agua excesivamente clara le rebanaron el gaznate. Además,

eso les serviría de tarjeta de presentación frente a Bates por lo que a sus intenciones hacía referencia. Éste se acojonó al verlos, ayer, pero tuvo que decirles que no podía ir por la pasta hasta el lunes a primera hora. Winger accedió y quedaron en algún lugar determinado donde Sean tenía que acudir con los billetes...

—¿Y si Bates se largaba con la pasta?

—Esa pareja no son tontos. Le tenían atrapado de alguna forma pero, con el correr de las horas, esa posibilidad que tú acabas de apuntar se les hizo muy presente. Debieron pensar al mismo tiempo que corrían un grave riesgo aguardando tanto tiempo para hacerse con el dinero. Así que se plantaron otra vez junto a Sean Bates y lo hicieron ir a punta de navaja y pistola al lugar donde...

—Entiendo, entiendo... ¿Y esa cajetilla de fósforos te hace suponer que están en casa de Laura?

—O. K. El estuche es nuevo de trinca, brillante y casi inmaculado. Al que fuera de los dos se lo dieron hace muy pocas horas. Han estado aquí..., tengo la corazonada de que se encuentran en casa de la india.

—Hay que ir entonces, Trevor.

—Hay... Tú por la entrada principal. Cuando ella te abra procura entretenerla unos minutos antes de hacer exhibicionismo de placa, ¿eh? Yo, entretanto, me habré colado por donde lo hice ayer pero procurando no armar el cacao de cristales rotos. ¿Estás preparado?

—Sí...

—Una última recomendación, Peter Hagerty.

—¿Cuál? —Había un atisbo de ironía en la mirada del joven policía.

—Nada de heroicidades.

—Nada... —El tono de Peter era ligeramente cáustico.

—¡No te lo tomes a pitorreo, joder! —estalló, furioso, el rubiales Conrad—. ¿Es que no te enteras? Son un par de bestias salvajes, sanguinarias, enloquecidas... Les excita la sangre, les pone en éxtasis matar. Matan por puro placer. ¿Puedes entender eso, Peter Hagerty? —Creo que sí, Trevor.

—O. K. aprendiz. Vamos...

La chica llevaba una camisa masculina, desabrochada, que permitía atisbar por los laterales hacia sus pechos redondos, apocalípticos, como sedientos de algo que bien podía ser amor o simplemente pasión, deseo. Por debajo un breve minishort rojo que dejaba explotar al desnudo la línea prieta, excitante, de sus muslos mórbidos llenos de erotismo.

Miró al tipo joven, bien parecido, del jersey verde y deshilachado.

—¿Qué buscas, guapo?

—Bueno... —fingió una timidez y hasta una precisa vergüenza, un pudor de colegial echado de pronto a la vida que, en parte, hasta cautivó e hizo sonreír a la hembra agreste y lasciva de las carnes ardientes—, puede que me haya equivocado, ¿sabes?

—Si me dices lo que buscas te diré si estás o no equivocado.

Peter Hagerty, por encima de los hombros cobrizos que medio cubrían la camisa, vio los peldaños de la escalera de madera que ascendía en recta diagonal hasta el piso siguiente, no sin antes formar un recodo y, seguro, un pequeño descansillo.

—Verás, esto... acabo de llegar de Boston. Conocí una chica que me dejó esta dirección por si alguna vez me dejaba caer en Nueva York. ¿Sabes? Ella se llama Faye Parton, pero ya veo que no eres tú, no. Oye...

—No —sonrió Laura, provocativa, jugando con la camisa para excitar y azarar más a aquel joven recoleto—. Pero dilo de alguna manera.

—¿Tú lo haces... *cobrando* o por placer?

La mujer estalló en una sonora sucesión de carcajadas.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Pequeño, tú..., tú debes estar loco, ¿verdad?

Junto al umbral de la puerta comenzaba un breve vestíbulo que por medio de una arcada se prolongaba hacia la izquierda formando una especie de 8. En la prolongación precisamente, distinguió Hagerty la sombra furtiva que evolucionaba sigilosamente.

Trevor...

Entonces, echándose mano a la cartera y plantando su credencial ante el rostro sonriente, que cambió al instante de color y expresión, de Laura, largó:

—Estoy muy cuerdo, princesa. ¡Policía! Y vengo por Cheroquee y...

En el breve descansillo que había en lo alto de la escalera apareció, como parido allí, el enorme indio. Desnudo de medio cuerpo. Con un monumental cuchillo en la zurda y un gigantesco 45 en la derecha.

—¡Al suelo, Laura! —aulló.

Apretando acto seguido el gatillo del revólver.

* * *

Le resultó hasta cierto punto fácil forzar el eje que hacía encajar la falleba al doblarse, alzando la superposición de madera donde se enmarcaba el cristal a modo de contraventana.

Accedió, despacio, metódica y prudentemente, a la estancia donde el día anterior la amiguita de Laura lo recibiera bate en ristre.

Silencio.

Prosiguió su avance en dirección a la puerta, aguzando el oído, creyendo distinguir un susurro de voces, junto a la entrada, uno de cuyos registros correspondía a Peter Hagerty.

Conforme se acercó a la hoja de madera, la conversación se le hizo, si no más audible, sí más real al menos.

Peter estaba liando a Laura.

Esperó unos segundos antes de dejar que sus dedos se cerraran en tomo al pomo metálico de la puerta comenzando, despacio, con extremada y exasperante lentitud, a hacerlo girar.

Un gemido, sólo un gemido que a Trevor se le antojó como un cañonazo, llegó a su oído haciendo que se inmovilizara. Diez, quince segundos después, reanudó la perezosa maniobra.

Hasta conseguir que el pomo girase a tope descorriendo el pasador, lo que le permitió, pausada, muy pausadamente, tirar de la hoja hacia él dejando una breve, pequeña abertura, entre ésta y el bastidor.

Levantó los ojos siguiendo aquella línea recta y éstos se tropezaron con el descansillo de la escalera de madera que tenían casi, casi, paralelo a ellos. Y lo vio, claro. Ligeramente en lo alto, en diagonal, medio de espaldas a él...

Al indio. Al mismo indio que había intervenido en los asesinatos de sus compañeros Donald Burr y Steve Ward.

Trevor Conrad experimentó una extraña, asfixiante sensación, al notar que la sangre se le atropellaba, ardiente como nunca, en las sienes, martilleándolas. La piel se le puso de gallina y todos los vellos de su cuerpo se erizaron como los de un gato cuando acababa de toparse con un perro.

Una nube roja, muy roja, rojísima, empañó su mirada azul llegando a enturbiarla.

La mano que empuñaba el arma apretó la culata como si pretendiera deshacerla y un súbito temblor hizo oscilar la muñeca.

Por unos instantes estaba como lejano, como ausente, al mismo tiempo que se sentía más cerca que nunca de todo.

Fue entonces cuando escuchó gritar al indio:

—¡Al suelo, Laura!

Trevor abrió la puerta de par en par justo en el instante que el piel roja le daba al gatillo.

—¡Indioooooo! —bramó, en plena excitación de sus cuerdas vocales.

Cheroquee John, de forma instintiva, respondiendo a aquella sonora percepción, no pudo evitar ladearse lo que le impidió, obvio, precisar la puntería sobre el muchacho que se encontraba enmarcado en el vano de la puerta de abajo y que estaba a su merced tras tirarse la chica velozmente a tierra, hacia un lado..., aquel muchacho que acababa de pregonar su condición de policía exhibiendo su credencial.

No.

No pudo Cheroquee John precisar su puntería sobre el cuerpo de Peter Hagerty.

—¡Indioooooo! —repitió, con ferocidad, Trevor Conrad.

Acabó por revolverse consciente de que iba a ser acribillado por la espalda si seguía empeñado en derribar a tiros a Hagerty... un Peter Hagerty que, de todas formas, ya corría en zigzag por el vestíbulo.

Sí.

Acabó por revolverse.

El policía de tos cabellos rubios y los ojos azules clavó éstos, en fracciones de segundo, sobre el torso poderoso, desnudo, del indio Cheroquee. Como clavó también, dos, tres proyectiles, entre la garganta y el estómago, siguiendo una línea recta y vertical.

Una línea metódica.

Una línea de muerte.

Cheroquee John abrió mucho las pupilas, las desorbitó casi, al encajar el primer impacto que le hizo rectificar su postura yendo unos centímetros atrás, se dobló al recibir el segundo dejando ir a tierra cuchillo y revólver, fue arrancado materialmente de la madera cuando el tercer plomo lo tiró de espaldas por la escalera en cuyos peldaños rebotó sonora, macabramente, hasta resbalar como por un tobogán quedando doblado abajo, entre el último escalón, el piso y los barrotes laterales de la escalera, con una mueca de estupor en sus cetrinas facciones.

Como negando la posibilidad de que todo aquello fuera real.

Diciendo que era absurdo que él estuviera muerto. Al. De aquella estúpida manera.

Hagerty saltó por encima del cadáver echando escaleras arriba.

Oyóse, entonces, un demoledor portazo.

Trevor dejó atrás el descansillo para enfilar el corredor a tiempo de ver la carrera de Nick Winger con un maletín negro en la zurda.

—¡Alto...!

Winger, con una agilidad inesperada, se revolvió al tiempo que se largaba de bruces al suelo dándole al gatillo de su pistola.

Conrad saltó, justo a tiempo, desencajando la puerta más inmediata del pasillo, cruzando como un rayo el umbral y protegiéndose dentro de aquella habitación del aluvión de plomo que sobre él mandaba el loco homicida.

Peter Hagerty dobló entonces procedente del descansillo atisbando el corredor.

Vio a Nick Winger de espaldas a la ventana por la que, sin duda, se disponía a saltar a la calle.

Nick, obvio, también le tuvo en su cauce visual.

—¡Detente!

—¡Mierda de polis! ¡Toma plomo, cabrito!

Winger apretó el gatillo con furor asesino en sus ojos enrojecidos.

Peter se metió de costado contra el pasillo.

Nick, entonces, dio la vuelta para atravesar los cristales y llegar a la calle por el camino más recto.

Trevor salió de su provisional escondite.

—¡Nick...!

Se alzaba ya para saltar.

Trevor Conrad, sujeta la muñeca diestra, atrapada firmemente entre los dedos de la zurda, presionó, suave, el gatillo de su arma.

Por tres veces consecutivas.

Nick Winger bajó a la calle para estrellar las fauces en el asfalto y quedarse como pegado a él. Como muerto. Como echando chorros de sangre por la nuca y el principio del espinazo. Brazos en cruz.

La maleta, perdida en el vacío, huida a la mano del asesino que hasta entonces llevara aprisionada su asa con la fuerza brutal, la misma que ponía en sus acciones homicidas, se estrelló contra una pared y luego fue a rebotar en tierra, abriéndose.

Una ráfaga de aire formó una espiral verdosa con billetes de mil dólares elevándolos arriba.

Para luego caer sobre la cabeza del inmóvil Nick Winger.

La gente comenzó a arremolinarse junto al cadáver.

—¡Largo, largo de aquí! —Apareció en escena Trevor Conrad—. Circulen. Vamos, circulen. Esto no es la caseta de una feria...

Peter se situó a su lado.

—¿Telefoneo...?

—Hazlo.

Media hora después hacía acto de presencia Martin Fitzgerald Montgomery.

—Buen trabajo, Trevor.

—¿Aunque haya tenido que hacerse a base de violencia a tope, teniente?

—¿Me guardas rencor por eso, muchacho?

Se encogió de hombros.

—Empiezo a «pasar» de muchas cosas, teniente. Adiós, tengo que hacer.

—¡Eh, Conrad! ¿Dónde vas? Necesito tu informe de...

—Otro día, teniente, otro día. Ahora voy a buscar una chica que lleva tiempo esperando que me case con ella.

El rostro achocolatado del teniente de la Brigada de Homicidios de servicio en el Precinto 24, expresó sorpresa.

—¡Ah...!

—¡Trevor!

El rubio policía giró la testa de cabellos flotantes.

- ¿Sí, Peter Hagerty?
- Necesitarás un testigo supongo, ¿no?
- Supones bien, aprendiz. ¡Anda, vamos!

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.